

tiempos de amor y dictadura

Crónicas desde Chuchunco

Fernando Cortés Báez

Fabiola Guzmán Madrigal (Ilustraciones)



MEMORIA DE
CHUCHUNCO

EDICIONES
ESTRELLASUR

tiempos de amor y dictadura

Crónicas desde Chuchunco

Tiempos de amor y dictadura. Crónicas desde Chuchunco

Fernando Cortés Báez

Ilustraciones: Fabiola Guzmán Madrigal

Primera edición: Bibliobarrio.

Editorial artesanal (Montevideo, Uruguay), 2024.

Segunda edición (corregida y aumentada):

Ediciones Estrella Sur y

Memorias de Chuchunco. diciembre de 2025.

94 páginas, 15,5 x 21 cms.

ISBN: 978-956-09743-8-9

Corrección: Daniel Fauré Polloni

Diagramación: Marco Lagos Catalán

Diseño de portada: Marco Lagos Catalán

Impreso en Fefer Gráfica SPA, Santiago de Chile



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-No Comercial-Compartir igual 4.0 Internacional

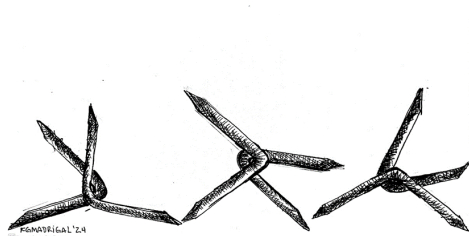


tiempos de amor y dictadura

Crónicas desde Chuchunco

Fernando Cortés Báez

Fabiola Guzmán Madrigal (Ilustraciones)



MEMORIAS DE
CHUCHUNCO

EDICIONES
ESTRELLA SUR

Contenido

Prólogo	9
Memorias desde la infancia y la juventud pobladora	
La generación que enfrentó la dictadura	9
La oralidad como forma de conocimiento	11
Juego de niños	14
El patio de mi casa	16
Cuando faltó el pan en casa	18
¿En qué estarán convertidos mis viejos zapatos?	20
Cuando me mandaron a comprar el pan	22
Ya no somos los de entonces	25
Año nuevo en familia	28
¿Cuántos faltan? El poeta, el militante, el combatiente	30
¿Y si por un minuto?	34
El esperado abrazo	36
La bicicleta imaginaria	38
Dime con quién andas y te diré quién eres	40
Échale pa' adelantito no más	43
Ricardo: entre La Santiago y Los Nogales	45
La playa grande, Cartagena solitaria	47
Chile despertó	49
El ciudadano crediticio y la revuelta social	52

El taxista representante de José Antonio Kast en la populosa comuna de Conchalí	55
Navidad de los pobres. ¿Qué feliz navidad? Un día de furia	59
De pavo / Tren al sur	62
El Tata Renato, un visionario	64
El Puente de las Ánimas. Valdivia	66
Entre Caleta Gonzalo y Chaitén. Un milagro	68
Los brujos de la Isla Meulín: mito o realidad	71
Una despedida pendiente con un triste final	74
Siempre listos. Los scouts traidores	76
Cultura de la sobrevivencia	78
¿Géminis o cáncer?	80
El tío Luciano nos dejó	83
Chispitas. Un accidente	85
Memoria y amnesia	87
Amistad y pandemia	89
La muerte: una construcción lingüística y popular	91

Prólogo

Memorias desde la infancia y la juventud pobladora

Frente a una producción historiográfica donde el mundo adulto ha sido el protagonista, los escritos de Fernando “Chino” Cortés se atreven a mirar desde otro lugar. Aquí la historia no se cuenta desde los salones del poder, sino desde los patios, pasajes y calles de la infancia y la juventud pobladora.

Este libro, acompañado por las ilustraciones de Fabiola Guzmán Madrigal, abre una ventana luminosa a esas memorias que rara vez ocupan el centro de los relatos históricos: las de los niños, niñas y jóvenes del Chuchunco histórico, ese territorio profundo que hoy conocemos como Estación Central, donde las poblaciones Santiago y Los Nogales han tejido, desde hace décadas, un modo propio de habitar, resistir y recordar.

La generación que enfrentó la dictadura

Los relatos de Fernando son, al mismo tiempo, memoria personal y memoria colectiva. En ellos resuena la voz de una generación completa, la de quienes crecieron en medio del horror dictatorial y, pese a ello, aprendieron a vivir, a divertirse, a organizarse y a luchar, sin perder la ternura. No habla solo por él: habla por un conjunto

variopinto de niños, niñas y, sobre todo, jóvenes pobladores que enfrentaron la represión cotidiana del régimen de Pinochet siguiendo el ejemplo de sus madres, padres y abuelos, sosteniendo, como se lee en “¿Cuántos faltan?”, el “legítimo derecho a rebelarse ante el opresor”.

En estas páginas hay una reivindicación clara y necesaria de la juventud popular poblacional que se comprometió en la lucha antidictatorial. En los relatos aparecen los hermanos Vergara Toledo, Alejandro Díaz, Carmen Gloria Quintana, Rodrigo Rojas De Negri y el “Toño Cunini”, nombres que forman parte de la historia viva de Chuchunco y que con su acción —y con el recuerdo de esas acciones que Fernando rescata— desafían las narrativas dominantes que, hoy, reducen la derrota de la dictadura al simple acto marcar una papeleta en el plebiscito de 1988.

Frente a esa versión edulcorada de la historia, los relatos aquí reunidos recuerdan que la libertad popular se defendió también con cuerpos, con redes, con asociatividad y organización popular, ocupando todas las formas de lucha que la creatividad popular permitiera, en un ejercicio que, como ha comprobado la investigación historiográfica reciente, tuvo como protagonistas a las y los jóvenes pobladores.

Mirar de frente el horror dictatorial

El horror que trajo la dictadura civil-militar atraviesa este libro de manera cruda y honesta. Fernando no lo esquiva: lo mira a la cara y lo reconstruye desde sus experiencias de niño y de joven. Sin embargo, ese horror persigue a Fernando en sus relatos adultos, mostrando cómo ese oscuro período histórico no es pasado, sino un presente que necesita ser procesado, individual y socialmente, para ser superado, siempre de la mano de la verdad, de la justicia, de la reparación y de las garantías de no repetición.

En ese sentido, este libro es un aporte porque vuelve a instalar el tema y permite mirarlo desde otros ángulos necesarios, para seguir procesando esa experiencia.

Vida cotidiana y creatividad popular

Pero no todo es dolor. En la prosa del “Chino” Cortés hay humor, afecto y humanidad. Hay patios donde la gente se encuentra, en la alegría y en el dolor, hay fiestas familiares llenas de cumbias y niños durmiendo entre sillas, hay amistades forjadas en la escasez y el ingenio de ser un “mochilero-proleta-poblacional” que busca no morir en el intento.

Sus textos nos permiten asomarnos a la vida cotidiana de la clase popular urbana en nuestra historia reciente: a las formas de crianza familiar y a los rituales domésticos, a las relaciones afectivas y a los amores juveniles, a las estrategias populares para enfrentar la cesantía y escapar del PEM y el POJH, a los modos de burlar el control y la pobreza. Es, también, un homenaje a la enorme creatividad popular que supo reinventar la alegría en medio de la represión.

El diálogo entre palabra e imagen

Las ilustraciones de Fabiola Guzmán Madrigal no son un acompañamiento ni un adorno: son una parte viva del relato. Su trazo se enlaza con las palabras del “Chino” en un diálogo creativo que solo es posible por la raíz común de sus autores: ambos hijos del Chuchunco histórico, de las poblaciones hermanas de Los Nogales y Santiago.

Esa amistad y ese territorio compartido dan vida a un lenguaje visual que no traduce los textos, sino que los expande, devolviéndoles textura, forma y emoción. Fabiola retoma, además, una tenden-

cia profundamente arraigada en la cultura popular: la de recordar no solo a través de la palabra hablada, sino a través de la imagen y del arte.

La oralidad como forma de conocimiento

El tono narrativo de Fernando —cercano, cálido, con ese pulso de cuentista que atraviesa la oralidad poblacional— nos recuerda que la memoria popular no se ajusta a los moldes académicos. En sus relatos conviven, sin problemas, el relato historiográfico con el testimonio, la novela, la prosa y el verso, porque así recuerda la clase popular: con voz y palabra firme y altisonante, pero también con silencios, juegos de palabras y metáforas.

Es una forma de conocimiento que se escucha y se cuenta, que transmite la historia viva de un pueblo desde su propio lenguaje. Con este libro, su autor se inscribe en una larga tradición oral que hace de la palabra un espacio de resistencia cultural popular.

Historia local poblacional: escribir desde abajo y desde dentro

El libro que hoy se presenta es parte de una tradición más amplia: la *Historia Local Poblacional*, corriente historiográfica popular que emergió a fines de los años ochenta, en plena dictadura, recogiendo la herencia de la prensa poblacional y la educación popular. Desde entonces, esta corriente ha buscado escribir la historia desde abajo, levantando interpretaciones del pasado y del presente desde la clase popular urbana y para sí misma, para fortalecer sus decisiones históricas con los aprendizajes de su propia trayectoria colectiva pasada.

Además, la obra de Fernando Cortés y Fabiola Guzmán Magrinal se inscribe en una producción cada vez más vasta de historia

local y memoria social que se ha desarrollado en “Chuchunco histórico”, especialmente en las poblaciones Los Nogales y Santiago en los últimos años. Allí, la alta capacidad de recordar e interpretar su propio pasado por parte de sus pobladoras y pobladores ha sido una forma de resistencia cultural permanente frente a la oleada de fragmentación y de individualismo que trajo la postdictadura.

Como *Memorias de Chuchunco*, hemos tratado de acompañar ese proceso, caminando en conjunto con sus habitantes, levantando encuentros de memoria y procesos de recopilación patrimonial, publicando libros y artículos, levantando exposiciones comunitarias y archivos web, elaborando material educativo y gestionando talleres en escuelas, organizando “Días del patrimonio” y cursos donde dirigentes y dirigentes se formen como historiadores locales. En eso, ya llevamos una década de recorrido, y publicar este libro es un regalo que nos hace Fernando y Fabiola. A nosotros y a las y los pobladores de Chuchunco.

Esperamos que lo disfruten como nosotros lo hicimos leyéndolo.

Daniel Fauré Polloni

Memorias de Chuchunco

Juego de niños

Los hermanos Llantén, Cortes, Acevedo, Castillo.

Ocho niños camino al “botadero”¹, al final del callejón, ansiosos de ver con qué sorpresa llegarían los camiones recolectores de basura del, entonces, no tan grande Santiago.

En más de alguna oportunidad, esos camiones, que no se parecían al trineo del viejito pascuero², eran para nosotros un gran baúl con muchos regalos desechados por alguna empresa láctea o de cueros o de gomas de mascar, que traía grandes pelotas de chicles de menta y fruta que consumiríamos durante todo el verano de 1973.

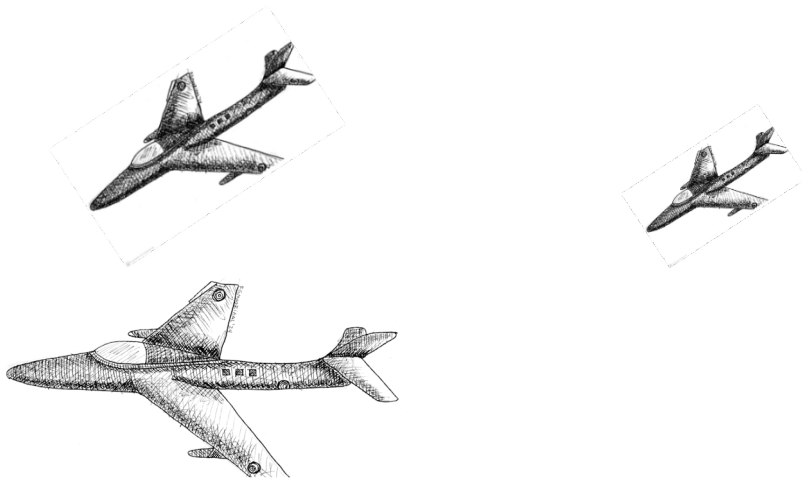
Un nublado y frío día de septiembre, los ocho mosqueteros vimos nuestra infancia interrumpida. Ese día en particular, nuestras espadas de colihue y pistolas de palo fueron silenciadas por tanques, aviones y soldados de verdad, ¡si hasta los muertos que aparecieron en el callejón también eran de carne y hueso!

Nuestras armas tenían el don de que, si te mataban, podías volver a la vida y seguir peleando hasta que nos cansábamos de aquellos juegos de niños. Aquel día de septiembre, tan particular, los aviones de verdad rozaban los techos de nuestra población. Los muertos de verdad apilados al final del callejón fueron alcanzados por balas de verdad. Con nuestras pistolas de palo, los tocábamos y movíamos pensando que podían volver a la vida, después de un rato, para jugar con nosotros, pero sus heridas de guerra también eran de verdad.

Solo queda el recuerdo de aquel día tan especial de los ocho mosqueteros, camino al “botadero”, al final del callejón, y nuestros juegos de niños.

1 Lugar de acopio de basura ilegal.

2 Denominación utilizada en Chile para hacer referencia a Papá Noel, Santa Claus.



El patio de mi casa

“El patio de mi casa es muy particular, se llueve y se moja igual que los demás”, decía una canción infantil, pero el patio de mi casa no solo se mojaba.

En el patio de mi casa, siendo niño, me enterré un clavo, mi hermano se quebró un brazo jugando a ser un acróbata, fumamos marihuana con una de mis hermanas, lo transformamos en un gran circo teatro con funciones gratuitas para todos los amigos del barrio, fundamos un club infantil. Desde mi patio, les sacábamos a los vecinos los membrillos de su árbol, para comerlos con sal, y ellos nos sacaban limones del nuestro. En el patio de mi casa, los pacos tiraron una bomba lacrimógena en una protesta nacional, bajo toque de queda, y casi nos matan a nuestro quiltro regalón.

En el patio de mi casa se realizaban reuniones clandestinas y se imprimían panfletos en artesanales mimeógrafos hechos por las manos habilidosas de mi cuñado.

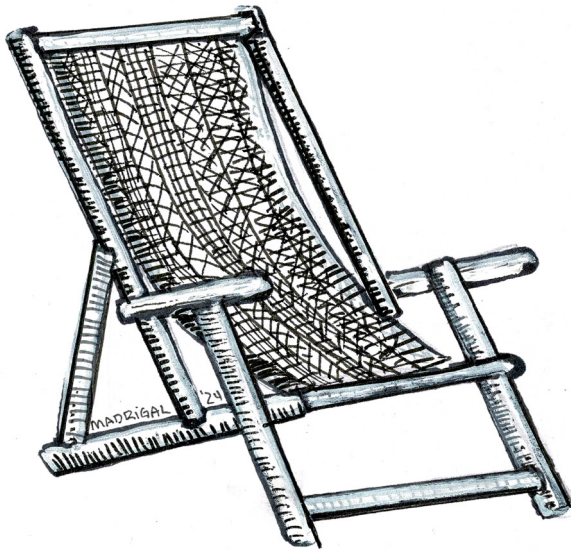
En el patio de mi casa di más de un beso. En el patio de mi casa celebramos cumpleaños, graduaciones, despedidas, encuentros y re-encuentros. En el patio de mi casa, el tío Hernán repartía monedas a mis hermanos y primos, después de llegar de la Capilla San Esteban³, cuando un nuevo miembro de la familia era bautizado. Por el patio de mi casa pasó uno de los hermanos Vergara Toledo quien, luego de un par de años, sería emboscado junto a su hermano por una patrulla de carabineros y acribillados en plena vía pública, con apenas 18 y 20 años⁴. En el patio de mi casa mi padre, en su silla de

3 La Capilla San Esteban de Hungría está ubicada en el centro de la población Santiago, comuna de Estación Central.

4 Eduardo y Rafael Vergara Toledo, jóvenes pobladores que vivían en la población José Cardijn y que se organizaban en la aledaña población Villa Francia (ambas de la comuna

playa, comía uvas de las parras que sembró y cuidó por años, pero también lo vimos apagarse de a poquito en la misma silla. En el patio de mi casa vimos crecer a mis sobrinos Moira, Piero y Camila. En este patio, mi madre acogía, reía, abrazaba, cantaba, escuchaba tangos los domingos por la mañana. En el patio de mi casa mi madre juntó a sus hijos, nietos, bisnietos, amigos, parientes lejanos y cercanos, y congregó a más de trescientas personas cuando partió.

A fines del 2024, el patio de mi casa lo quieren expropiar. Sobre él pasará una carretera, sepultando con tierra y cemento una parte de nuestra historia.



de Estación Central), fueron asesinados por agentes del estado el 29 de marzo de 1986. En su memoria, cada 29 de marzo se conmemora en diversos puntos del país el “Día del Joven Combatiente”.

Cuando faltó el pan en casa

Cuando faltó el pan en casa, mi padre tuvo que sacarse la corbata y trabajar en el Plan de Empleo Mínimo para jefes de hogar, una medida del dictador para paliar el desempleo que llegó al 23% a principios de la década de los ochenta. Mi padre tenía que alimentar a sus *pollos* que lo esperaban en casa y compartir las migajas antes que nos venciera el sueño. Aprendí que dormir es una buena estrategia para paliar el hambre. Mi madre en su ausencia salía a “mover la culebra”, algo así como pedir fiado hasta la quincena.

Cuando faltó el pan en la mesa, el Lito, la Norma y yo salimos a cantar en las micros. Cuando faltó el pan en nuestra mesa arrancábamos las hojas del cedrón que aún existe en el antejardín de la casa materna, no sin antes quemar azúcar en una cuchara y verterla en un jarrón de aluminio, para simular estar disfrutando del mejor té Ceilán antes consumido. Cuando faltó el pan en casa mi madre inauguró un kiosco donde vendía desde cigarros sueltos hasta el pan de la tarde. Fueron tantos los “fiados” de mi vieja y su generosidad que, sumada a su distinguida clientela, la llevaron a la quiebra.

Cuando faltó el pan en nuestra mesa y en otras mesas, mi madre y otras madres organizaron *ollas comunes* y *comprando juntos*⁵. Protestaron en la feria: “*A puro pan, a puro té, así nos tiene Pinochet!*”, “*¡Tomate, verdura, que se acabe la dictadura!*”. En estos incipientes actos de protesta popular la acompañaba una monja, la gringa Antonia, que decía “ditadura”. Cuando faltó el pan en la mesa, mi

5 Las ollas comunes, los comedores populares y los “Comprando Juntos” fueron diversas formas organizativas que las y los pobladores se dieron para enfrentar el hambre y la crisis económica que trajo la dictadura civil-militar de Pinochet. Los “Comprando Juntos”, en particular, fueron una forma de asociatividad donde vecinas y vecinos que tenían algún tipo de ingreso pero que éste no alcanzaba para comprar los alimentos necesarios, se organizaban para comprar al por mayor, abaratando costos.

madre cocinaba unas ricas pantrucas: medio kilo de harina, dos huevos, ocho papas cortadas a lo juliana. Este manjar alcanzaba para todos, incluso algún amigo, vecino, compañero de curso invitado a la mesa, porque también faltaba el pan en las suyas. Cuando faltó el pan en casa, vendí ollas, teteras, pailas, en la feria de la población La Legua. Ahí conocí a “las mellizas del tango”, hermanas que medían dos metros y pesaban entre las dos casi media tonelada, y que nos encargaban enormes teteras, pailas para freír docenas de huevos como para un regimiento, ollas profundas donde curantos, cocimiento y porotadas alimentaban a todo el clan familiar. Si no cumplías con el pedido, los insultos y maldiciones, serían escuchados por todos los colegas de la feria y nuestra distinguida clientela por lo menos a tres cuerdas a la redonda, pero al final del día, nos querían y protegían como sus hijos.

Cuando faltó el pan en la mesa, caminábamos con mis hermanos a la casa de la *Chanita*, nuestra hermana mayor. Ya casada y con cinco hijos, entre juegos y burlas, disfrutábamos de su mesa, compartiendo los mejores porotos con rienda. Ella heredó, al igual que nosotros, la generosidad de nuestra madre. Hasta el día de hoy, hay un lugar en su mesa para hijos, hermanos, nietos, amigos y bisnietos.



¿En qué estarán convertidos mis viejos zapatos?

¿En qué estarán convertidos mis viejos zapatos? Dice el poeta... y mis zapatos negros, sin cordones, con la planta recauchada con la mejor rueda de auto, calidad garantizada por una de las transnacionales más influyentes del mundo, *Goodyear*?

El artífice de esta delicada cirugía mayor fue mi tío Juan Bautista Cortés Cortés, de oficio zapatero. Luego de recorrer muchas oficinas salitreras en el norte de nuestro *Chilito*, se cuenta que mi tío Juan acompañó en más de una marcha al mismísimo Luis Emilio Recabarren⁶, allá por los años 20. Su peregrinaje se vio interrumpido luego de los alemanes descubrieran el salitre sintético.

Mis zapatos negros, sin cordones, me acompañaron a una que otra fiesta. La luminosidad y el brillo los conseguía con un *escupito*. La técnica consistía en el escobillado fuerte, rápido y constante, un minuto por zapato.

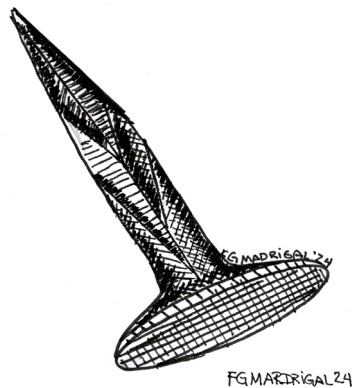
Fueron mis fieles compañeros en enseñanza media, veloces cuando teníamos que arrancar de los pacos, sus carros lanza-agua, zorrillos, bombas lacrimógenas, lumazos. Mis zapatos los usaba de lunes a domingo.

El sábado me acompañaban a las fiestas ochenteras organizadas por los parroquianos, invitado por mis taquilleros sobrinos Luis y Enrique que, en aquellos años, se habían mudado desde la populosa Chuchunco hacia el sector oriente de Av. General Velázquez.

6 Luis Emilio Recabarren (Valparaíso, 6 de julio de 1876 – Santiago, 19 de diciembre de 1924) fue un obrero tipógrafo y educador popular, precursor del pensamiento socialista y marxista en Chile. Gestor de numerosos periódicos obreros, promovió la creación de organizaciones obreras a lo largo del país y participó en la Fundación del Partido Obrero Socialista (1912) y el Partido Comunista de Chile (1921).

En una de esas fiestas, mis viejos zapatos desgastados me traicionarían: la punta de una tachuela asomó por el talón de mi pie, justo cuando sacaba a bailar a la niña más linda de la fiesta, previas miradas cómplices, con la secreta ilusión de que terminaría esa noche besando sus juveniles labios rojos y mis dedos enredados en su crespada cabellera. Ni todo mi encanto, simpatía, haber recurrido al anecdotario mochilero, reducía el dolor del pinchazo de la tachuela que no daba tregua: empecé a sentir un calorcito húmedo entre mi talón y los calcetines chinos, rojos de toalla de moda de la época.

Fue durante la furia bailarina ochentera de Los Prisioneros que el taco de mis hasta entonces fieles zapatos negros, sin cordones y con suela de ruedas de auto, se desprendió de mi herido pie. Lo más difícil de aquella noche fue conjugar el cantar a coro con toda la concurrencia “El baile de los que sobran” y encontrar el taco de mi zapato izquierdo. Ya cumplida la misión, salí por la puerta trasera, sin levantar sospecha, para que mi posible amor sabatino nunca se enterara que mi ausencia a medianoche no fue porque dejara de querer terminar en sus brazos, sino para darnos otra oportunidad y encontrarnos, ojalá, en una marcha, peña solidaria, barricada, protesta nacional, pero esta vez, con mis zapatillas Adidas blancas, con sus tres franjas celestes en sus costados.



Cuando me mandaron a comprar el pan

Cuando niño, siempre me acompañó la línea del tren que corría paralela al Zanjón de la Aguada, un raro nombre para hacer referencia a un canal que nutría con sus aguas las siembras de papas, lechugas y repollos de las parcelas que la capital se fue apoderando, para acoger a miles de familias migrantes del norte y sur de nuestro largo y angosto *Chilito*.

Ahí crecí, jugué, fuimos testigos de atropellos y suicidios. Fue a la orilla del Zanjón de la Aguada donde encontramos a los muertos de aquel 11 de septiembre de 1973. Entre el zanjón y la línea del tren crecí. La línea también llegaba a la FISA (Feria Internacional de Santiago) en la incipiente comuna de Maipú. La FISA congregaba a miles de familias, y en este lugar podías encontrar las últimas novedades del mundo automotriz, del hogar, artesanías de todo el mundo. Todos esperábamos la novedad del año. Nosotros, los pobres, nos conformábamos con el ula-ula, una simple argolla de plástico, que ponías en tu cintura y con mucha habilidad debías mantener el mayor tiempo posible en este lugar, con audaces movimientos pélvicos. Fue en este contexto del pinochetismo emprendedor, que uno de los integrantes de la aclanada familia Urbina Reyes me invitó a que los acompañara a la FISA, con la mejor pinta dominguera y con el pelo bien pegado al casco. Emprendimos este alucinante viaje, los cuatro cabros chicos al cuidado de su madre, más el improvisado invitado.

Ya en el lugar de los hechos y luego de contemplar por un segundo a las postulantes de miss FISA 1975, de pronto noté que no estaban a mi lado mis amigos ni su madre; o sea, estaba perdido, con la angustia de un niño aventurero pero asustado.

En mi peregrino andar, solo tenía la certeza de que si caminaba por la línea del tren llegaría a casa. Así lo hice, ya a la hora del crepúsculo.

Pensaba en la angustia de mi familia ante mi ausencia, pensaba en el reencuentro con hermanos y vecinos, esperando alguna noticia de su *chinito* perdido, contaba los pasos entre los durmientes de aquella línea férrea que me llevaría al nicho calentito de mi hogar.

En mi cansado caminar, me prometí a mí mismo que me portaría mejor, que no haría pasar más rabias a mis padres. En ese caminar eterno por la línea del tren, que siempre me acompañó, me propuse estudiar más, sería el primero de la clase, nunca más pelearía con mis hermanas, jamás amenazaría a mi madre con irme de la casa, a pesar de mi corta edad, para que no sufriera. Me imaginaba su angustia al saber que uno de sus hijos se le había perdido. Yo solo quería llegar para abrazar a los míos que sin duda estarían esperándome en la esquina del pasaje. Por fin, a lo lejos vi las primeras luces de la población. En mi caminar comenzaban a unirse la línea del tren con el Zanjón de la Aguada. Al dar el último paso del anhelado reencuentro, me percaté de que nadie me esperaba, ni familia, ni hermanos, ni vecinos, ni amigos, supuestamente angustiados por mi ausencia dominical. Ni la chica Rosa estaba, mi amor de infancia, en quien yo pensaba en mi caminar, igualito a Kung Fu, esperando que a lo menos correría a mis brazos para declararme su amor infantil y su convicción de que pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos.

Ante tanta indolencia y el vacío de mi imaginario, solo atiné a golpear tímidamente la puerta de casa, por la que asomó mi amada madre con su voz dulce y su enojo tierno, pero autoritario, y me dijo:

—¿Dónde andabas, cabro de porquería? Ya... ¡anda a comprar el pan para que tomemos once!



Ya no somos los de entonces

Ya no somos los de entonces. De alguna manera el poeta tenía razón: después de 35 años, algo transformados, llegamos a nuestro encuentro los compañeros del glorioso 4to año C de la Escuela Industrial A-21 ubicada en Juárez Larga 760, comuna de Recoleta. Sí, los que fuimos delgados de adolescentes, hoy estamos un poquito pasados de peso, por decir algo generoso. Éramos estudiantes de “Mecánica en Máquinas y Herramientas” aunque, en mi caso, en los últimos 35 años, a lo más había realizado una práctica profesional, en la que me pasé tardes enteras templando piezas de metal, a 300 grados de temperatura, más los de mi pesado overol de aquellos calurosos veranos ochenteros, veranos que se conjugaban con barricadas, protestas nacionales, apagones, ollas comunes y muerte. Con mi hermano trabajando en el PEM (Programa de Empleo Mínimo) y mi padre en el POJH (Programa de Ocupación para Jefes de Hogar)⁷.

Al encuentro anual del Cuarto año C asisten prestigiosos mecánicos torneros, además de exitosos emprendedores, empleados públicos, sociólogos, fabricantes de cortinas, jefes de seguridad, un animador de fiestas infantiles con su propia creación de títeres, ingenieros, y vendedores de tangibles e intangibles. Solo faltaron tres que fueron a otras tierras a probar suerte. Pero, ¿qué nos une? ¿Cuál

7 El Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH) fue un programa de empleos municipales creado en 1982 con el objetivo de reducir las altas cifras de cesantía que se experimentaron en Dictadura, sobre todo desde que estalla la crisis económica ese año. Este programa de emergencia se sumó al Programa de empleo Mínimo (PEM), que había sido creado en 1975 como parte del famoso “Plan Laboral”. Ambos programas son recordados por sus bajos sueldos, y por lo ineficiente de sus faenas, que eran reiterativas y muchas veces sin sentido. Ambos planes se mantuvieron hasta 1988.

es la conexión entre estos hoy correctos ciudadanos cincuentones? ¿Será la grandeza de ser sobrevivientes de una época?

Nos une el recuerdo y la alegría que sentíamos cada lunes cuando, a la hora de la formación, al entonar el himno patrio — incluida la estrofa: “nuestros nobles valientes soldados” —, veíamos que estábamos todos: ninguno había sido alcanzado por una bala disparada desde un auto sin patente, o arrojado desde un puente con las manos atadas, ni rociado con bencina por una patrulla militar para luego prendernos fuego. Todos esos innumerables lunes llegamos todos la fila.

Esas mañanas alegres de saber que seguíamos con vida las conjugamos con risas, bromas y más risas. El Pato Flores y yo vendíamos pan con chanco en los recreos y fumábamos en los baños. Uno de los hermanos Ramírez fotocopiaba las pruebas de física y las resolvíamos comunitariamente, siendo los ejercicios misión de Arancibia.

La mitad de la clase concentrada en la fila del medio, lugar privilegiado para mirarle las piernas, más arriba de las rodillas, a la profe de inglés. “Cuidábamos” a nuestras compañeras Verónica y Giovanna, futuras mecánicas torneras, que en esa época ya habían decidido doblarle la mano al machismo o patriarcado. Fabricábamos *miguelitos* en los talleres, con la complicidad y solidaridad de los profes, para contribuir de alguna manera con la lucha antipinochetista en las calles de la población y a la hora del toque de queda.

El Guillén promovía auditorias públicas en los Consejos de Curso para transparentar las utilidades alcanzadas de la venta del pan con chanco: cualquier malversación de fondos atentaría contra nuestro paseo de fin de año.

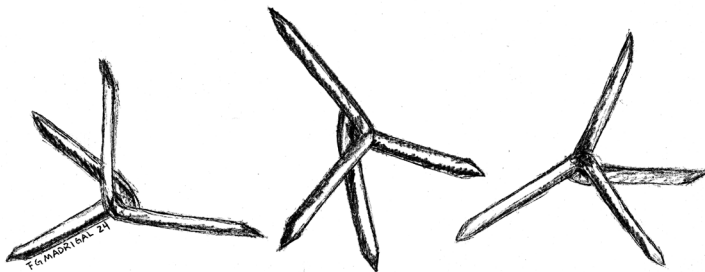
El canto callejero y las micros que recorrían Avenida Recoleta hasta la Estación Mapocho fueron testigos de grandes voces, como diez, que repletábamos el asiento trasero y la pisadera de la añosa

máquina. Guitarra, flauta dulce y un pandero acompañaban la melodiosa voz de Mario Antinao Mulato interpretando un clásico de Led Zeppelin: “Escalera al Cielo”. Interpretación que, por solo dedicarse a mirarle las piernas a la profe de inglés, le salía *como el forro*, pero la disimulaba llevándose la mano a su oído izquierdo para buscar el perdido tono.

El paseo se concretó a fines de noviembre de aquel año: terminamos, en muchas carpas, en el patio de la casa del Guillén en el exclusivo balneario de Zapallar.

¿No son, acaso, estas y muchas historias las que nos unen? Mantengo la secreta esperanza de que, en nuestro próximo encuentro de 36 años de historia, lleguemos todos a la fila, que no falte ninguno, como todos los lunes de aquellos años en el polvoriento patio que atesoro con nostalgia.

¡Honor y gloria para el 4° C 1981-1984!



Año nuevo en familia

Todos los años nuevos, en la casa de la *aclanada* familia Cortes Báez, a las once treinta de la noche comenzaba el bailoteo, previa cena con entrada, plato de fondo y postre. Cada comensal decía unas palabras emotivas, de buenos deseos y augurios para cada uno que ocupaba un puesto en esa mesa compartida, llena de amor, con la convicción de que este nuevo año sí sería el último del dictador. Ya en la pista, el ritmo de Pachuco y la Cubanacán preguntaba: *“Mami, ¿qué será lo que quiere el negro?”*, y a todo pulmón respondíamos: *“que se vaya Pinochet”*. Luego, sería el turno de la Sonora de Tommy Rey cantando a coro: *“un año más, qué más da, un año más, cuántos has vivido..., son 15, son 20, son 30, 40, 50 o 60, no importa los años que tienes, es el tiempo el que no se detiene”*. Así fue, ese tiempo no se detuvo y un año nuevo los abrazos fueron de condolencias para mí y mis hermanos: mi padre decidió irse también un 31 de diciembre, para un año nuevo. Así lo decidió él, un hombre sabio, de poca palabra, pero siempre la necesaria, certera, decidora.

Su despedida fue tranquila, con poca gente, como él lo quiso... Ahora, ya más viejito y radicado en el norte chico de nuestro *Chilito*, es tradición esperar el nuevo año con una figura humana hecha con objetos reciclados. Se le viste con ropa vieja, todo aquello que simboliza la mala onda del año que se va, y para dar paso al nuevo año el fuego consume toda la maldad, dando paso a la abundancia, que además limpiará nuestras almas. Mientras, mi suegra reparte uvas y lentejas, mientras se pasea con una maleta y vierte su anillo de bodas de oro de cincuenta y tres años en una copa de sidra. Salud y que vengan muchos años más... que aquí los espero...



¿Cuántos faltan? El poeta, el militante, el combatiente

¿Cuántos faltan? Antonio “Toño” González, el combatiente; Santiago “Chago” Cavieres, el poeta; Alejandro Díaz, el militante. Todos ellos, los anónimos, los olvidados, nuestros héroes de la población, del barrio, los de las calles caminadas en tiempos de miseria, pero también de rebeldía. Ellos faltaron a las últimas marchas camino al cementerio para no olvidar, para no olvidarlos. Mi deber es recuperar la memoria histórica de los compañeros que literalmente dieron su vida por nuestro pueblo.

Chago, el poeta, que, con sus gastadas sandalias, usadas en invierno y verano, caminaba kilómetros de comuna en comuna, de barrio en barrio, de peña en peña, para declarar: “y viviremos la noche, porque no es infinita, sabemos nuestro destino en este duro camino”. *Chago* murió en extrañas circunstancias... No. Al *Chago* lo asesinaron: fue en la oscuridad de la noche, cuando fue arrollado por un auto sin patente a pasos de llegar a casa, donde lo esperaba la señora María, su madre, pobladora, vendedora de periódicos, caminante igual que *Chago*, bajo el sol y la lluvia, para alimentar y educar a sus cuatro hijos. Ahí encontró al *Chago*, con su sonrisa eterna y contagiosa, de regreso de su última peña solidaria, organizada por las compañeras de la olla común de la Villa Francia. “Cuánto tiempo, compañera, / nos estamos conociendo / todo el amor entregado / en este silencio oculto / va caminando la luz de un amanecer más justo”, escribió en uno de los poemas de su innumerable obra popular.

Alejandro Díaz, el “Cacho”: joven valiente, vecino, amigo fiel, disciplinado militante de las juventudes comunistas. Un once de

septiembre sonaron las sirenas que anunciaban el mediodía en Chile, pero ese día estas sirenas se confundían en la población Santiago con las de carros policiales, bomberos, autos particulares con sus balizas encendidas. En el interior de la población, agentes de civil con brazaletes amarillos, armados hasta los dientes, allanando la casa del *Cacho*, deteniendo a su madre, padre y hermanos a punta de culatazos e insultos. Un rato antes, al mediodía, estalló la bomba mortal que acabaría con la vida del compañero. La bomba era la señal esperada que daría inicio a una de las protestas más sangrientas de aquellos años: fueron 18 mil soldados que ocuparon la ciudad y una vez más apuntaron sus fusiles contra su pueblo. El cuerpo sin vida del *Cacho*, bajo el puente de General Velázquez, simboliza la entrega infinita, sin límites, del legítimo derecho a rebelarse ante el opresor.

Antonio González, *Toño Cunini*, para la gran mayoría, *Comandante Boris* para la gran minoría, proveniente de una aclanada familia de origen proletario, los González. El Toño transitó por los salones de la capilla San Esteban de nuestra querida población. Ahí conocimos a muchos curitas promotores de la Teología de la Liberación⁸, entregados y jugados por los más pobres. Esto marcó por siempre al compañero. Luego a las Milicias Rodriguistas⁹, para más tarde unirse a las filas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, para

8 La Teología de la Liberación es una corriente teológica cristiana nacida en América Latina en la década de 1960, tras la aparición de las comunidades eclesiales de base, el Concilio Vaticano II (1962-1965) y la Conferencia Episcopal de Medellín (1968). Muestra un compromiso con las y los oprimidos, ya que considera que el Evangelio exige a las y los cristianos hacer una “opción preferencial por los pobres” en situaciones de explotación, injusticia u opresión. Además, muestra cercanía con las ciencias sociales para poder comprender la realidad terrenal y definir las formas en que debe realizarse dicha opción.

9 Las Milicias Rodriguistas fueron grupos de autodefensa popular que surgieron al calor de las protestas contra la Dictadura de Pinochet. Eran integradas fundamentalmente por jóvenes estudiantes y pobladores que tenían por misión cuidar a su población del ingreso de militares o carabineros y realizar pequeñas acciones de sabotaje. La participación en ellas era un paso clave antes de poder ingresar al Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

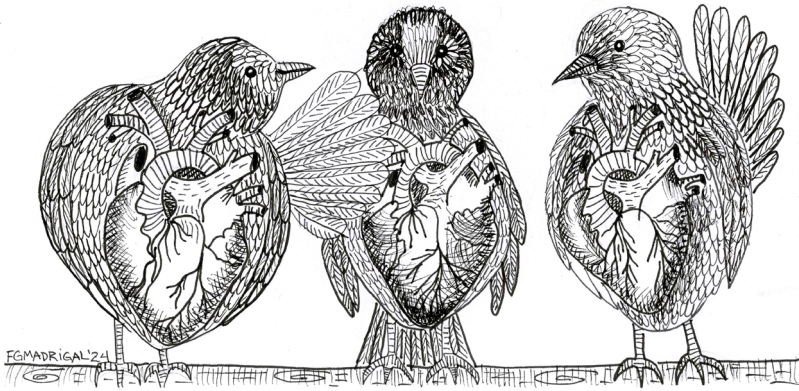
sumar su juventud, alegría y sueños a la Guerra Patriótica Nacional¹⁰, escogiendo el camino frontal y armado en contra de la dictadura pinochetista. La última noche antes de partir nuevamente a la clandestinidad, pasó a saludar a mi madre, que, después de unos años, supimos que se había declarado ayudista de los compas del Frente, guardando *barretines*, entre otras acciones logísticas. Lo supimos el día de su funeral, cuando entregaron un saludo en plena ceremonia a mi madre, la Elianita, de parte de los Frentistas Autónomos¹¹.

El *Toño* fue parte de una gran operación militar y pudo sortear el cerco puesto por las hienas, que seguían de cerca sus pasos. El *Toño* cayó en combate: fue acribillado en el segundo piso de una humilde vivienda mientras entregaba a un niño por la diminuta ventana para protegerlo de las balas.

Mientras esto ocurría, los mismos de siempre negociaban una salida democrática. Con el eslogan “Chile, la alegría ya viene” maquillaron, con sus firmas, la traición y la complicidad con la Dictadura saliente. Con sus ternos y camisas almidonadas, salpicadas de sangre, invitaron al dictador a compartir su mesa, en el salón de honor de la casa presidencial, bombardeada hacia 20 años atrás y, de testigo, el espíritu del compañero presidente Salvador Allende.

10 La Guerra Patriótica Nacional fue una tesis político-militar desarrollada por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Proponía dirigir un alzamiento de la población civil de las ciudades y zonas rurales de Chile para lograr la derrota definitiva de la dictadura. Si bien la tesis se concibe en 1984, al calor de las protestas nacionales, se retomó solo en 1988.

11 El Frente Patriótico Manuel Rodríguez, fundado oficialmente el 14 de diciembre de 1983, vive una división relevante en 1987, cuando una facción importante, liderada por Raúl Pellegrín —Comandante José Miguel—, se desvincula del Partido Comunista fundando el FPMR / Autónomo.



La alegría prometida se alejó, se esfumó, nunca llegó. Los de siempre, los más pobres, pusimos los muertos: entre ellos, el poeta, el militante, el combatiente.

Honor y gloria a *Chago*, *Toño*, *Cacho* y a mi madre también.

¿Y si por un minuto?

¿Y si, por un minuto, tú fueras Ana González¹²?

¿Qué nombre le pondrías a tu nieto?

Su nieto hubiera nacido hacia fines de 1976 pero, antes, se lo llevaron en el vientre de su madre, Nalvia Rosa, una noche de abril, con la caída de las primeras hojas al inicio del otoño. Ahí quedaron los chalequitos tejidos a croché que nunca le pudo probar. ¿Serían rosados o celestes?

¿Y, si por un minuto, tú fueras Ana González?

También se llevaron a Manuel, su esposo. A sus hijos Luis Emilio, de 29 años, y a Manuel “El Mañungo” de 22.

¿Y, si por un minuto, tú fueras Ana González?

¿Qué harías al final de tu vida y en tu último suspiro?

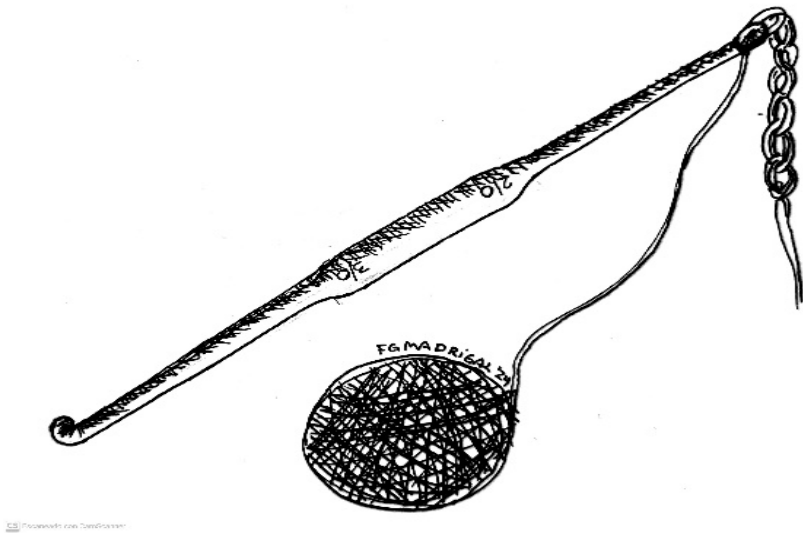
¿Qué harías?

Tu compañero Manuel, tus hijos, tu nuera y tu nieto, ya hecho un hombre... pero sin nombre, en tu último respiro, te besarán la frente, te harán una ronda, para llenarte de besos y abrazos.

No me cabe la menor duda que Ana González, ya cumplidos sus 92 años, descansa en paz, reencontrándose con los suyos, pero esta paz será incompleta, pues en esta tierra no encontró justicia.

¿Y si, por un minuto, tú fueras Ana González?

12 Anita, como la llamaban sus amigos, sufrió la pérdida de su esposo Manuel Recabarren, dos de sus seis hijos —Luis Emilio y Manuel— y de su nuera embarazada Nalvia Mena. Todos detenidos desaparecidos durante la dictadura de Augusto Pinochet



El esperado abrazo

Recuerdo que, en mi transición de niño a adolescente, siempre estuve enamorado de la chica Paty, quien me quiso como amigo no más, por años. Esperaba la noche de año nuevo para dirigir mis torpes pasos al encuentro del esperado abrazo, consciente de que sería un instante en el que nuestros cuerpos se rozarían por un par de segundos, un instante, cuando nuestras mejillas estarían lo más cerca la una de la otra, cuando un beso rozaría sus labios al final de su sonrisa seductora, sintiendo un calorcito por todo mi cuerpo que coincidía con los latidos de mi corazón, cada vez más acelerado, dando paso al segundo exacto cuando acogería en mis debiluchos brazos su frágil cuerpo de princesa pobladora, con su blanca blusa, su cuello almidonado, sus zapatos de charol rojos y un fuerte olor a agua de colonia inglesa. Ahí estaba yo y el amor de mi infancia, esperando que en ese instante se detuviera el tiempo, para no repetir esta misma escena año tras año y esperar 364 días más para que se repitiera lo mismo. Todo hubiese sido distinto si es que la chica Paty hubiese dejado de quererme como amigo no más, cosa que nunca ocurrió... por suerte.



La bicicleta imaginaria

Se acercaban los últimos días de vacaciones, previa entrada a clases. Una mañana, a la hora del desayuno, mi madre no aguantó el pacto secreto con mi padre y declaró “hoy iremos a comprar una bicicleta”. Para la época, tener una bicicleta era como dejar de heredar la ropa de colegio de los hermanos mayores a los más chicos, entre ellos, zapatos, camisas, pantalones y blusas.

A las 10:00 de la mañana salieron los dos a cumplir la promesa de aquella gran misión. La líder del grupo, nuestra hermana con nombre bíblico, Betsabé, convocó a una reunión de carácter urgente a todos sus hermanos, incluido yo, al patio de la casa. El objetivo sería organizar el uso de la esperada “bicicleta imaginaria”, incluyendo los tiempos de uso, la formación de parejas para optimizar los tiempos de disfrute y quiénes serían los primeros en subir.

Desde ese momento comenzó el caos, los llantos y afloraron viejas rencillas de patio. La miopía avanzada de Myriam puso en duda su participación como conductora, solo podría ocupar la parrilla de la bicicleta imaginaria ya que su condición podría poner en riesgo la seguridad de ella y los demás. La discusión del frente interno continuaba, se acusó a nuestra líder de darnos ciertos privilegios por ser los varones del grupo a mi hermano y a mí. Las horas pasaban y el llanto de la menor, Lisette, conmovía a quien pasaba por el pasillo frente al baño, lugar elegido para desahogar su rabia e injusticia solo por ser la menor, el conchito como le decían mis padres.

El reloj en la pared marcaba las 16:10 y el taxi negro con su techo amarillo no aparecía. Dejamos atrás las horas de angustia y estábamos convencidos de que todos los acuerdos serían respetados y que todos saldríamos al encuentro de nuestros padres sin enojo,

sin lágrimas en los ojos e incluso bien peinados. Finalmente, llegó la hora, el taxi se estacionó a la sombra del frondoso árbol y la banca empotrada, a la altura de la Av. Ferrocarril #4745. Mi madre, bajándose como una reina, mientras mi viejo sacaba del bolsillo izquierdo del pantalón de gabardina brillante un fajo de billetes, indicando al conductor que se quedara con el vuelto. De la vereda de enfrente los siete herederos veíamos como se abría lentamente el maletero del bólido, del cual apareció una caja que, a la distancia, en nada se parecía a lo que uno conoce como bicicleta. Luego vimos un largo mango que cruzaba unas manillas en forma horizontal, al final unas rueditas pequeñas que sostenían una masa pesada de lata, que contenía un motor y por abajo asomaban tres escobillas circulares.

Si, pasó lo que se imaginan, nuestra bicicleta imaginaria de color celeste había sido reemplazada por una hermosa enceradora de color rojo invierno. Solo sirvió para que el conchito, que se podía subir en ella, recorriera el living, el comedor, las piezas y los pasillos, dejando a su paso un hermoso piso.



Dime con quién andas y te diré quién eres

Recuerdo haber escuchado desde niño decir a mi madre “no te juntes con esos cabros”, refiriéndose a una selección de mis amigos de aquella infancia callejera. En ese tránsito entre la niñez y la preadolescencia podía ir a la sede del club, donde los “viejos” jugaban cacho, brisca y dominó. De fondo, se escuchaba a Lucho Barrios o Luis Alberto Martínez, entre letras de puro desamor y engaños del macho herido: *“amor de pobre solamente puedo darte”* o *“Traigan vino, más licor para beber, no me importa lo que digan”*. Con las letras del cancionero cebolla la sangre salpicaba, entre las fotos de los viejos crack y las añosas copas polvorientas, ganadas en los feroces clásicos domingueros con el club rival en la polvorienta cancha de la liga. En la sede del club, y en plena celebración del triunfo, la sangre seguía fluyendo para mezclarse afuera de la media agua con el barro y la escarcha de aquellos crudos inviernos.

Me podía juntar con el Lito grande (el Lito chico era mi hermano.... perdón lo sigue siendo), con Raúl, Pablo, Marcelo, Lalo, Magaly, Esteban, María y la Clarisa. Con ellos nos perdíamos tardes enteras, disfrutando del vértigo de tirarse con un cartón en el trase-ro, del cerrito más alto del botadero. Fue en la casa del Lito grande donde me comí el mejor pan tostado con mantequilla, preparado por su madre, muy distinta a las otras madres del barrio.

Me podía juntar también con mis iguales, con los que nos sacábamos las chalas de goma café para andar a pata pelá, en puros pantalones cortos y sin polera desde septiembre hasta mediados de marzo, a pocos días de entrar al colegio. También me podía juntar con aquellos que se colgaban del tren que pasaba frente a nuestras casas, con destino a San Antonio. El juego consistía en abordar la

pata de fierro y el que tardaba más en saltar a tierra sería el líder del grupo, ganando prestigio con esta arriesgada acción.

Nos juntábamos también en el grifo del pasaje 46 y Av. Ferrocarril, el que fue testigo de nuestros refrescantes veranos con su poderoso chorro de agua, a veces interrumpido por los pacos. Uno en particular, al que le decíamos el “Hilton 100” por su estatura y lo paliducho, de pura mala onda, al ser incapaz de alcanzarnos, se conformaba con llevarse nuestra poca ropa mojada y nuestras chalas de goma. A pesar de esto, la resistencia seguía por casi tres meses.

Después me comencé a juntar con los parroquianos: el Kano, el Toño Tudela, el Gato y Reginaldo; luego con los comunistas: Raúl, la Paula, Jaime y Consuelo; y con destacados artistas populares: Denis, Toto y Tuto. En el restaurant La Cholita, en el corazón mismo de la población Los Nogales, compartiríamos el vino tinto con los viejos rayueleros de sábado pa’ domingo.

También me junte con grandes amigos para vivir en comunidad, como el “Pelao” Cristian, Pablito “El niño” y Paulina, generando un lugar de encuentro para muchos otros amigos, entre ellos la Paty, Koke, el Manuel (“El último de los proletarios”) y su hermano el “Señor Notario”, que hablaba muy poco, pero tomaba mucho. Viví solo, acompañado, con parejas disparejas y me junté con Enrique, mi sobrino amigo, de quien aprendí la generosidad.

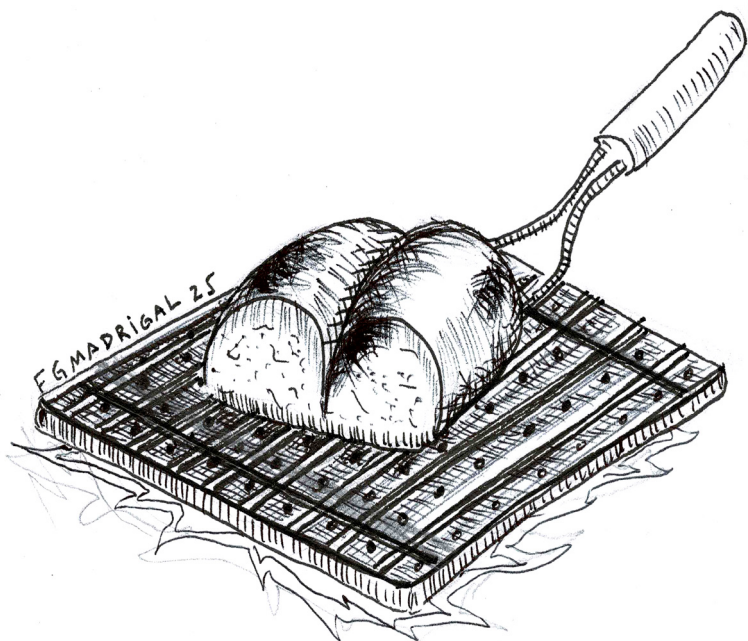
Después me junté con gente “importante”, luego con intelectuales, con ellos aprendí del psicoanálisis, psicosis, del encuentro con uno mismo. Con ellos, pronto, cumpliremos más de dos décadas de encuentros ininterrumpidos, donde chorrea la alegría, el abrazo, la emoción y el cuidado.

Viajé, tuve un amor en Mamíña, estudié sociología, pero también fui vendedor ambulante, mecánico tornero, canté en las micros y anduve de patas negras.

Ahora tengo hijos (Renata, Vicente y Pablo,), además de perros y perras y una gata que he aprendido a querer, no hace mucho tiempo. Tengo una compañera y hemos estado juntos en las buenas y en las malas.

Lo que “tengo” ahora no será superado por lo que tuve entre trenes, el club, el grifo, las piezas y casas habitadas y el pan tostado con mantequilla compartido en la casa del Lito grande. Ahora es tiempo de reconocer la sabiduría de mi madre, porque con los que anduve me mostraron el camino.

En síntesis, dime con quién andas y te diré quién puedes llegar a ser.



Échale pa' adelantito no más

El día domingo, con el calorcito mañanero que anunciaba la llegada de la primavera, caminábamos junto a los cabros del pasaje hacia la polvorienta cancha de la liga. Esta corría en forma paralela al canal zanjón de la aguada. Ahí nos esperaba “Moyita”, nuestro respetado entrenador de la tercera infantil. Recuerdo sus indicaciones tácticas y consejos que nos acompañarían toda la vida. Nos decía:

- ¿Chinito, de qué jugai?
- De diez, profe.
- Ya... échale pa' adelantito no más.
- ¿Marcelo, de qué estay jugando?
- De nueve, profe.
- Ya... échale pa' adelantito no más.

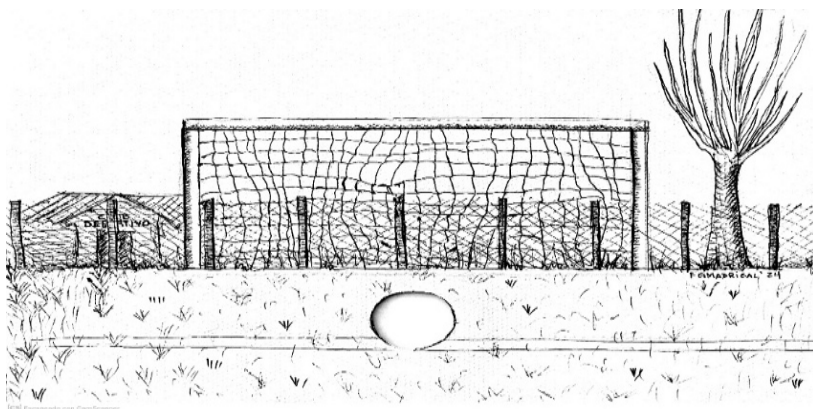
Así, repetía una y otra vez la misma profunda indicación para los once inquietos y desnutridos de la tercera infantil. En aquella infancia, mis ídolos del fútbol no eran los de ahora. Cómo no recordar la habilidad del *Chumingo* y sus tiros libres, los amagues del *Chorizo*, que, junto a su aclanada familia, hacían el mejor pan amasado de la población. El *Negro Chico*, que *Moyita*, sin que él escuchara, confesaba: “este cabro chico es igualito a Pelé”.

Recuerdo al *Guatón Chico*, el mejor arquero de todos los tiempos, que enfrentaba a los ágiles contrincantes bajo los tres palos y detrás de él, la percutida malla que no contenía los fugaces pelotazos que iban a parar a las aguas del zanjón. Como un acto mágico, corríamos a buscar un largo colihue con una especie de canasto en

su punta, y con esta improvisada y arcaica herramienta, sacábamos la pesada pelota de cuero mojada, para reanudar el clásico futbolero del domingo.

¿Y qué pasó con mis ídolos de entonces? El *Negro Chico* solo alcanzó la fama a nivel comunal, el *Chorizo* se casó con una vecina y jugó en la selección de los viejos cracks de la comuna. El *Guatón Chico* ya es abuelo y trabaja como operador del Transantiago. *Moyita* se fue a probar fortuna a Venezuela. Regresó después de treinta años, empobrecido y enfermo. Lo encontré una calurosa mañana de domingo, vendiendo helados en la remodelada cancha de la Liga, y me preguntó

- ¿Chinito, de qué te las dai?
- De escritor, profe.
- Güena... échale pa' adelantito no más.



Ricardo: entre La Santiago y Los Nogales

Ser distinto en la población la hacía único, especial. Siempre se dejaba ver para demostrar que existía, que ocupaba un espacio diferente, con sus pantalones a rayas bien pegados a su desnutrido cuerpo de mariposa bailarina.

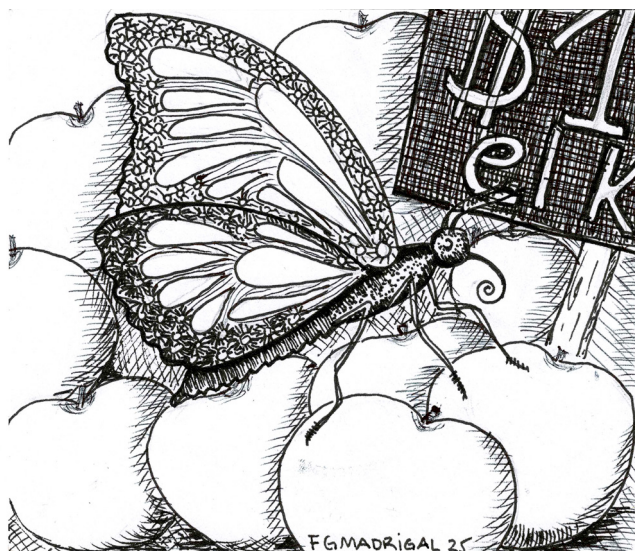
Ricardo corría, gritaba de una vereda a otra, les tiraba besos a los muchachos apiñados en una esquina del barrio bajo una suave llovizna de otoño. Los cabros lo invitaban a quemar la cola del último cogollo del sábado por la noche y ella siempre apurada para responder a su apretada agenda pobladora, haciéndonos creer que alguien muy importante la esperaba al final del callejón, abriéndole la puerta de una lujosa limusina blanca que nunca llegaría.

En la feria del viernes en la Santiago y los domingos en Los Nogales también se paseaba Ricardo con sus bolsas floreadas. Respondía con frases de grueso calibre a los feriantes cuando le gritaban si le gustaban las sandías caladas, los pepinos, las patitas de chanco o los duraznos pelados o peludos. Siempre respondía con una frase del tipo: “pa que gritai’ tanto viejo feo.... si a vo’ ya no se te para”. La crueldad más profunda se disfrazaba con risas colectivas, entre el olor del cilantro fresco y las frutas de temporada.

Ricardo copaba todos los espacios públicos de la pobla. Nos acompañó en más de una marcha pobladora hasta la Av. General Velázquez, donde nos esperaban las fuerzas especiales de carabineros con sus guanacos y bombas lacrimógenas, para apagar el grito de libertad de los marginados de siempre. Ricardo protestaba por partida doble, por ser pobre y por haber nacido con una alita rota porque se le quemaba el arroz o se le quedaba la patita atrás, como

diría Pedro Lemebel¹³. Las fiestas del centro comunitario también la recibieron y acogieron, ahí se sentía como una reina, como Madonna o Cyndi Lauper de los ochenta. También se sumaba a los clásicos domingueros como parte de la barra del club de sus amores. Más de un encuentro fugaz tuvo con algún machote viril, que cayó en los brazos de Ricardo en una noche de exceso y lujuria, celebrando algún triunfo o compartiendo la pena de una derrota.

A Ricardo lo dejamos de ver por las calles del barrio, la feria, las protestas, las fiestas en el comunitario. Solo me enteré de que murió de una extraña enfermedad en la sala de un hospital.



13 Pedro Lemebel: Pedro Segundo Mardones Lemebel (1952-2015) fue un destacado escritor, cronista, artista de performances y militante comunista chileno, conocido por sus aportes al movimiento por las disidencias sexuales.

La playa grande, Cartagena solitaria

Cartagena, balneario ubicado a un poco más de una hora de Santiago y que a principio del siglo XX se convirtió en el favorito de la oligarquía santiaguina. Los ricos quisieron hacer de Cartagena un espejo de lo que vivían en sus viajes a Europa; su arquitectura, modas, pasatiempo en salones, en clases de piano, boutique y chalets con diseños europeos, góticos victorianos, reina Ana y estilo italiano.

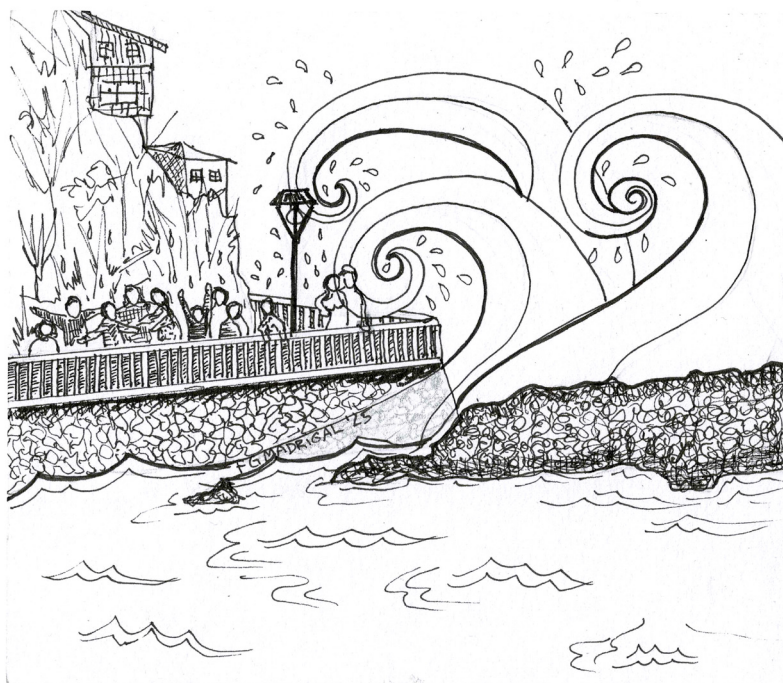
Los ricos fueron perdiendo lentamente sus privilegios, con la llegada del ferrocarril la masa proletaria urbana comenzó a llegar con carpas y alegría cumbianchera. Una de esas familias era la nuestra, más la del tío Hernán y la tía Rosa. Éramos como quince sumando el lote completo, entre cabros chicos y la abuela Adriana, que yo con mis ocho años conocí como la abuela, creo que murió pasaditos los cien años.

El tren salía desde Estación Central, ahí el jovial tío Hernán salía al encuentro de esta gigantesca maquina y se montaba en ella antes que detuviera por completo su marcha. Abría las ventanas mientras mi padre y su prole, en una acción coordinada y colectiva, le pasaban todos los bultos y víveres, incluyendo canastos con huevos duros, pollos cocidos, pan amasado, melones y sandías que consumiríamos aquel día domingo a orillas de la playa grande de Cartagena.

El tren, ahora copado por la clase trabajadora, era subsidiado por el Estado Chileno. Esto en el contexto de la medida número 29 del programa de gobierno de Salvador Allende, que buscaba que el pueblo rebautizara las playas como balnearios populares. De esta forma, se fomentaba la recreación y el turismo popular, lo que para

la mayoría de las familias significó conocer el mar. Cartagena fue uno de estos balnearios que nos acogió, solo por un día, suficiente para recordarlo y atesorarlo por siempre.

Lo triste de este relato es que muchos balnearios del litoral central también servirían como campos de detención y tortura posterior al golpe de estado: Tejas Verdes, Ritoque y las Rocas de Santo Domingo. Fue la misma brisa marina que recibió a las familias proletarias de aquellos veranos inmovibles la que recibió a los compañeros en estos campos de concentración. Muchos de ellos fueron lanzados al infinito océano, esperando que algún día sean devueltos por una ola generosa de este “mar que tranquilo te baña.”



Chile despertó

Fueron tiempos de hibernación, en que no se movía ni una hoja sin que el tirano lo supiera. Tiempos de oscuridad de un mal sueño, de un mal dormir, noches en que despertabas antes de que sonara el reloj en tu velador.

El tío Ariel, profesor normalista¹⁴, tenía su maleta café de cuero desgastada, preparada con lo justo y necesario, porque pensaba que esa noche vendrían por él. Abrazaba a su madre, la abuela Raquel, entre lágrimas y esperanzas de que la pesadilla ya pasaría.

En esta larga noche, en el puente de General Velázquez, descargaron una pistola nueve milímetros, desde un auto sin patente, y sentí el silbido de una bala rozando mi oreja izquierda y con ella la muerte.

El *negro* Montecino y el *Moncho* fueron apresados por carabineros, en la oscuridad de la noche, iluminada por barricadas y cacerolazos.

El primero llegó a nuestra casa herido de bala, con su cabeza rota, y en la pesadilla de aquella noche solo preguntaba por su amigo, detenido junto a él. Mi madre, como siempre, ahí estaba para recibir, proteger y curar sus heridas. El *Moncho* fue encontrado, después de cuatro días de agonía, en una fría sala de la Posta Central. En esa noche oscura de julio, también prendieron fuego a Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas de Negri. Una patrulla

14 Los profesores y profesoras normalistas fueron educadores formados para la educación primaria, desde 1842 hasta 1974. Su labor fue clave en los procesos de alfabetización de la clase popular.

militar los arrojó a una cerca camino a Quilicura¹⁵. Fue esa misma noche de pesadillas que mi hermana Gloria y la *Charito* serían aprehendidas por los pacos, para ser golpeadas en la comisaría y conminadas a delatar a los demás compañeros... La masa combativa de pobladores se apostó frente a la comisaría e hizo vigilia para saber cuál sería el destino de las compañeras.

Al escribir estas líneas, no soy capaz de dimensionar entre la realidad y la ficción, porque fue también el tiempo de perder a nuestros más emblemáticos compañeros. Alejandro Díaz Peñaloza, hermano, militante disciplinado. Con él, a pesar de nuestras estúpidas diferencias, nos juntábamos al final del día en la esquina que nos vio crecer, con nuestras madres proletarias. Ahí, al frente de la olla común para alimentar a sus hijos. Honor y gloria para Alejandro Díaz Peñaloza¹⁶.

Chile ya había despertado en 1989, después de 17 años de dictadura de sombras y tinieblas. La Concertación de partidos por la democracia nos dijo que la alegría había llegado: ya para marzo del 90, elegido como presidente uno de los suyos, se ocultó al fin el arcoíris, para contagiarse de amnesia y venderse por unos dólares de más. Se sentaron a la mesa ya servida para ellos, y para los sospechosos de siempre, los olvidados, nuevamente las migajas. Fueron años en el limbo y donde los cambios se harían en la “medida de lo posible”, como señaló el viejo demócrata cristiano.

15 Se refiere al “Caso Quemados”, un hecho emblemático de represión por parte de agentes del Estado, ocurrido el 2 de julio de 1986, en el marco de una de las más grandes Jornadas de Protesta Nacional contra la dictadura. Aquella jornada, un grupo de militares comandado por el oficial Pedro Fernández Dittus, detuvo, golpeó, roció de combustible y quemó a dos jóvenes: Carmen Gloria Quintana (joven pobladora de Los Nogales) y el fotógrafo Rodrigo Rojas De Negri. Tras la agresión, las víctimas fueron acarreadas y abandonadas en un sitio eriazo de la comuna de Quilicura. Rodrigo Rojas posteriormente fallecería.

16 Alejandro Esteban Díaz Peñaloza fue un joven de la población Santiago, militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). El día 11 septiembre de 1987, alrededor de las 15:00 horas, resultó muerto a raíz de una detonación de un artefacto explosivo en el sector de General Velásquez con Pedro Aguirre Cerda. Tenía 20 años.

Pero ahí seguían los *patipelaos*, los que tenían que dormir menos y trabajar más, para ahorrar unas chauchas en el metro. Los treinta pesos que hicieron la diferencia, a los que mandaron a comprar flores, porque estaban a buen precio, los olvidados. Los despreciados, los abuelos, los mismos que junto al cantar de los gallos ya estaban en la fila del consultorio, porque también les dijeron que podían hacer vida social, junto a los otros viejos, pero bien temprano. En un abrir y cerrar de ojos, los jóvenes, los adolescentes, que no adolecen de nada, saltaron los torniquetes del metro de la gran capital, coparon las calles junto a los otros olvidados.

El dicho popular dice “cuando el río suena es porque piedras trae”, pero en este despertar, no solo traía piedras, también venía con barricadas, cacerolas, cucharones, ollas comunes, asambleas, con abrazos, con pandemia incluida.

Mientras tanto, en los salones de palacio, los mismos de siempre firmaban un “acuerdo por la paz”, pero en la calle, este pueblo goza de buena salud, se encuentra con insomnio, no duerme, para que los mismos de siempre no se arreglen los bigotes, no se arranquen con los tarros, no nos pasen gato por liebre, para que no nos digan después “si te visto no me acuerdo”... Estamos al *aguaité*.



El ciudadano crediticio y la revuelta social

Ya a fines de los años 90, mi profesor, el sociólogo Tomás Moulian, en su libro *Chile actual: anatomía de un mito*, nos advertía sobre cómo se iba configurando y profundizando el modelo neoliberal a través de la descomposición del ciudadano, para ser reemplazado por un ser humano crediticio, y cómo el mercado nos convertía en un ciudadano creíble y confiable para este nuevo orden social. El mundo del plástico fue ganando terreno e intereses.

A la señora Juanita le llamaron para darle una gran noticia e informarle que tenía una tarjeta con un súper avance de cincuenta lucas. Esto era para ella nomás, por ser una cliente *Premium*, le aseguraba al otro lado del teléfono una dulce voz con acento caribeño. Con este súper avance, la señora Juanita se encalilló con la tele de cincuenta pulgadas, que apenas le cabía en la improvisada pared de tabiques que separa el living de las piezas.

Pudo comprar para navidad el celular a su nieto regalón, en 12 cómodas cuotas precio contado. El mismo nieto que, en el anónimo de la masa enardecida, entró al supermercado en llamas para cobrar los altos intereses endosados a su abuela por este gigante centro comercial, símbolo del consumo y el crédito.

Nos dijeron que teníamos que cuidarnos de los delincuentes, del lumpen proletario, sin crédito alguno. Tuvimos entonces que cercar nuestras casas: pusimos protecciones, levantamos murallas, dejamos de saludar a nuestros vecinos. Ante esta situación, la señora María dejó de levantarse temprano a barrer las hojas de su vereda, práctica de años que realizaba con las otras vecinas de la cuadra y que las transformaba en las portavoces de todo lo que ocurría en el barrio. Este rito comunitario se interrumpía a eso del mediodía, cuando una de ellas declaraba: “Mire vecina, ¡la horita que es... y

no he pelado ni una papa!”. La señora María dejó de pedirle una tacita de azúcar o unos pancitos a su vecina, con el compromiso de devolvérselos para la quincena o el anticipo del sueldo de su viejo.

Gracias al progreso y al crédito comenzaron a aparecer muchos autos que, cada día y con mayor frecuencia, interrumpían la pichanga callejera de la tarde, con sus improvisados arcos y una pelota azul de plástico con el mapa del mundo impreso en su desinflada esfera. Pichangas donde el cachipún o el cargar la mata definían a los dos equipos de ocho, diez, o doce jugadores por lado, donde no importaba el número, lo que importaba era estar todos incluidos y juntos. Donde todo era cancha, no había árbitro y se terminaba la pichanga, cuando el dueño de la pelota escuchaba la voz autoritaria de algunos de sus padres ordenándole que ya tenía que entrarse.

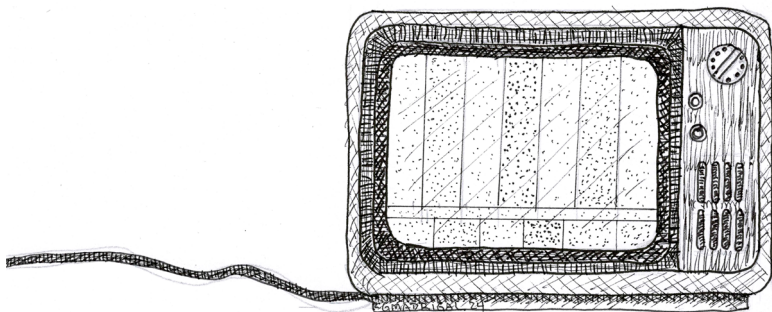
El libre mercado con sus ciudadanos crediticios nos hizo competir entre nosotros para navidad: comenzamos a adornar nuestras casas con luces de colores... el año siguiente, mi vecino le pondría tres; el próximo, yo le podría un trineo y mi vecino un viejito pascuero, en tamaño real, subiendo por una escalera y entrando por una chimenea falsa que fue hecha en China.

El consumo y sus consumidores, el mercado y sus mercaderes. Comenzamos a cambiar nuestro lenguaje y nuestros lugares comunes: empezamos a hacer un *coffee break* y la mayor de las hijas de la señora María organizó un *baby shower* antes del nacimiento del Byron, Jordán o Brayan. El compartir una Pilsener con los viejos amigos en la sede del club, fue reemplazado por el *happy hour*. Nos disfrazamos con máscaras y trajes de muerte para ir, con nuestros hijos, golpeando las casas de nuestros vecinos, no para saber cómo estaban o si necesitan algo, sino para pedir dulces o travesuras en la noche de *Halloween*. Las familias abandonaron las plazas y nos fuimos de *shopping* el domingo por la tarde, para recorrer sus relucientes pisos y ver nuestros cuerpos reflejarse en las luminosas vitri-

nas, donde estaba lo que queríamos tener, poseer, adquirir, desear. Todo y más, en este mercado del deseo vacío.

Bueno, ¿y por qué ahora está reflexión? Será porque, en la primavera del 2019, un presidente de brazo cortitos declaró que este país era un oasis y, una semana más tarde, un cabro chico con su rebeldía y enojo decidió saltar un torniquete del Metro, despertando a un país entero, trasnochado, con la mejor caña y lagañas en los ojos, sacudiéndolo de esta pesadilla, para que se diera cuenta que no éramos lo que por cuatro décadas nos habían dicho.

Despertamos en un lugar vacío. Habíamos dejado de cuidar y cuidarnos. Pero en estos tiempos de descuido, según mi maestra y amiga Elena de la Aldea, donde nos habíamos dejado de mirar a los ojos, despertamos, alertas, para estar juntos y volver al calorcito de la fogata. Para mirarnos, reír, conversar, jugar y estar juntos en nuestro querido *Chilito*, que por estos días sangra y llora por sus hijos muertos.



El taxista representante de José Antonio Kast en la populosa comuna de Conchalí

Al taxista lo conocí en la miseria ochentera. Compartíamos el pan con chanco y margarina en los recreos de la polvorienta cancha del liceo industrial. La miseria calaba hondo las despensas de nuestras casas, pero nuestros viejos, con su sabiduría infinita, supieron sortearla.

Fueron años en que una patrulla militar quemó vivos a dos jóvenes universitarios¹⁷, años en que un padre se quemó a lo bonzo, frente a la Catedral de Concepción, para exigir y saber dónde se encontraban sus hijos, secuestrados por agentes del Estado¹⁸. Lo anterior solo para dar cuenta de que, en aquellos tiempos de miseria y muerte, la suerte nos acompañó a mí y a todos los demás compañeros del Cuarto año C, incluido al taxista.

¿Qué pasó? ¿Qué nos pasó en estos años?

Este reencuentro cincuentón de los compañeros del Cuarto año C nos hizo mirar hacia atrás: las risas se desataron, al igual que la comida, el vino, la fiesta, el quincho. Los mismos chistes y sobrenombres de aquellos años de adolescencia, juventud, miseria y muerte. ¿Qué pasó ¿Qué nos pasó a mí y al taxista, hoy representante de José Antonio Kast Rist en Conchalí?

17 Hace referencia al “Caso Quemados” ocurrido el 2 de julio de 1986 en la esquina de las calles General Velásquez y Germán Yunque. En memoria del joven fotógrafo Rodrigo Rojas De Negri, asesinado en este acto de represión por parte de agentes del Estado, la última calle mencionada hoy lleva su nombre.

18 Hace referencia a Sebastián Acevedo, obrero que, el 11 de noviembre de 1983, se inmoló como acto de presión para que los agentes de la Dictadura liberaran a sus hijos, detenidos dos días antes. Ante su fallecimiento, una organización de la época que denunciaba las torturas que practicaba la Dictadura a través de la CNI, decidió denominar a su movimiento con su nombre, pasando a llamarse “Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo”.

Es raro. Me cuesta entender. Mi amigo no tiene tierras en el sur de Chile, ni inversiones en paraísos fiscales. Sus apellidos tampoco lo acompañan: les aseguro que su linaje y herencia genética no es alemana, como la de su candidato. Vive en una comuna popular, no nació en cuna de oro en alguna comuna al oriente de Santiago, donde ganó el “Rechazo” por el que él votó. Piensa que no es necesario cambiar la constitución pinochetista. Además, dice que los constituyentes son flojos, ignorantes, corruptos.

Mi amigo no es empresario, es dueño de un taxi y por esto se define como un emprendedor. Piensa que Chile es Venezuela y que ahí existe una dictadura de verdad.

¿Qué nos pasó a mí y al taxista representante de José Antonio Kast Rist en Conchalí?

Se emociona cuando escucha a su rubio candidato de grandes ojos verdes, diciendo que la migración se resolverá con hacer una zanja en las fronteras del norte de Chile. Sueña en subir a una torre de vigilancia, a un costado de la gran zanja, y apuntar a la cabeza de algún negro y su prole, hambrientos y sudorosos, para apagarles la esperanza de ser parte de un Chile próspero, y antes de darles un tiro de gracia, gritarles que es mentira la estrofa de aquella canción del histórico grupo pinochetista, “Los Huasos Quincheros” que dice *“y veras como quieren en Chile al amigo cuando es forastero”*.

¿Qué pasó ¿Qué nos pasó? ¿A mí y al taxista representante de José Antonio Kast Rist de Conchalí?

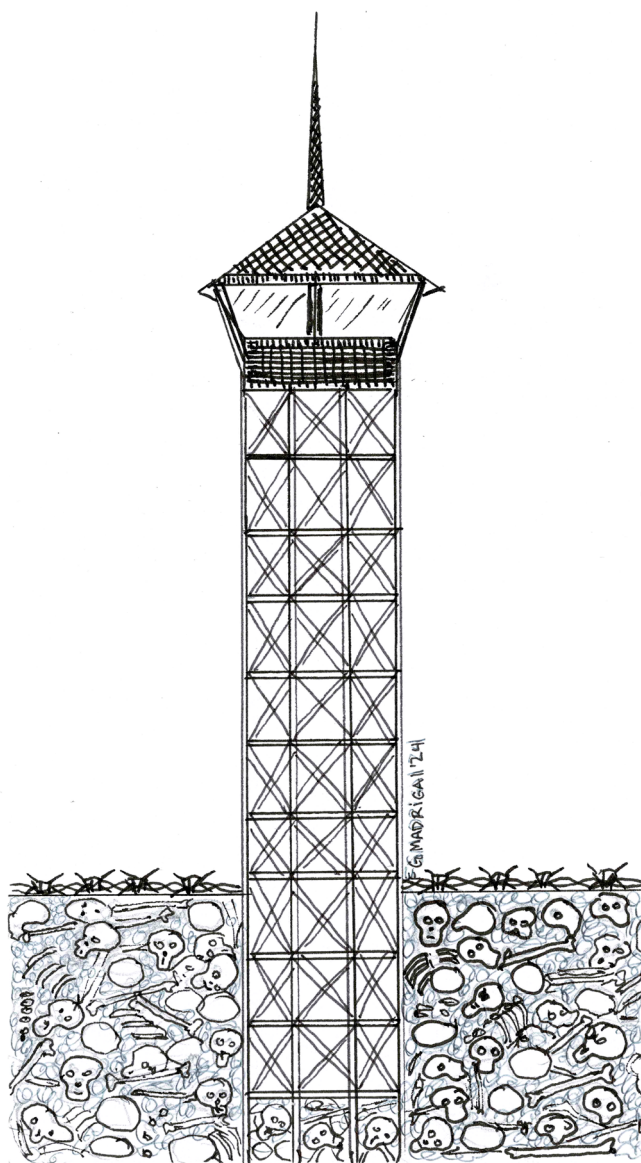
Él rechaza a los jóvenes que saltaron el torniquete. En pleno estadillo social, se puso un chaleco amarillo para defender el supermercado en el corazón mismo de su amada comuna, quizás con la secreta esperanza de que el dueño del megamercado lo invitaría a compartir su mesa, para agradecer su patriotismo, porque los comunistas estaban al acecho.

A mi amigo y compañero (de curso) —hoy taxista y emprendedor, representante de José Antonio Kast Rist en Conchalí—, lo conocí en la miseria ochentera, tirando piedras, fabricando *miguelitos*¹⁹, sufriendo en los fríos galpones de la escuela industrial, cantando en las micros, pidiendo una moneda solidaria para llevar el pan a su mesa, negado por una dictadura implacable. ¿Qué nos pasó a mí y al taxista representante de José Antonio Kast Rist en Conchalí?

Cuando salga de su casa en Conchalí al corazón de Vitacura a celebrar el triunfo en su taxi, entre bocinazos y banderas, vestido con su mejor traje y sus zapatos lustrados, no será invitado por su candidato a compartir el pódium: será un número más, entre la multitud, mirando hacia la tarima emocionado hasta las lágrimas a los pies del alemán con cara de ángel, buscando una mirada cómplice que nunca llegará.

Termino este relato citando a uno de mis profesores quien nos decía: “*no puedes ser virgen y prostituta, o eres lo uno o lo otro*”.

19 Los *miguelitos* son unos pequeños artefactos muy utilizados en las protestas urbanas contra la Dictadura. Consisten en dos clavos a los que se les saca la cabeza y se soldan de tal manera que queden siempre con una punta hacia arriba. Su objetivo es que logren pinchar los neumáticos de los vehículos policiales para impedirles el avance.



Navidad de los pobres. ¿Qué feliz navidad? Un día de furia

Se aproximaba la navidad y yo era un monitor de reemplazo en un centro comunitario de la Población San Gregorio, zona sur de Santiago, administrado por la fundación Hogar de Cristo. Este era un lugar de cuidado de niños, niñas y adolescentes, los más excluidos, vulnerables, pobres, marginales, los huachos; abandonados no solo por sus familias, muchas de ellas desintegradas por consumo de alcohol y drogas, sino también por un Estado entregado a los más ricos y poderosos.

En navidad estos niños eran “apadrinados” por las alumnas y apoderados del colegio Sagrados Corazones de Manquehue del sector oriente de la capital. Ellos, los niños y niñas de la población San Gregorio, junto a su monitor de reemplazo, comenzaron el viaje al otro Chile. En el trayecto mirábamos a través de las ventanas de la añosa micro como la ciudad se iba transformando desde la partida, con calles estrechas, el hacinamiento en diminutos departamentos sin balcones, donde las ventanas suplían los colgaderos de ropa y en cada esquina se veía un basural. El color plomizo de esas calles comenzó a ser reemplazado por prados verdes, jardines infinitos, caserones de dos o tres pisos y ventanales con vitrales multicolores. En las asfaltadas calles no cabía espacio para un puñado de tierra o barro, conocida desde su nacimiento por los niños de la San Gregorio. Los rostros de los niños también sufrían la metamorfosis; con asombro y rabia, pensando que una vez más habían sido vulnerados, pero esta vez por el paisaje que no les pertenecía.

El objetivo de las anfitrionas era recibir a los niños pobres de la población y celebrar juntos la navidad, compartiendo la gigantesca mesa del salón principal adornada para la ocasión, además de muchas galletas, pasteles y helados. Las bien conservadas cuarento-

nas con sus blancos y rubios hijos se mezclaban con los otros; los negritos con sus caras partidas, pelo tieso, harapientos venidos de allá lejos. La experiencia indicaba que debían contar con una bolsa que les permitiera guardar entre sus ropas algo de la generosa mesa, servida para ellos solo una vez al año en navidad. Mientras, las rubias madres entonaban unos villancicos con sus guitarras desafinadas y sus hijas, también rubias, trataban de encontrar el tono perdido de tan generoso acto. De testigo, un gigantesco y lujoso pesebre ABC1.

Los niños, niñas y adolescentes del centro comunitario sabían que algo no andaba bien. Fue en ese momento que surgió la rebeldía y la rabia contenida, aflorando del inconsciente colectivo. Había llegado la hora del asalto: irrumpiendo y abriendo las puertas del gran salón para avanzar al patio, al jardín del edén; subiéndose a los árboles frutales para recoger las manzanas rojas como sus corazones, que daban sombra al borde de la piscina olímpica; moviendo las jaulas de las aves exóticas habitantes del mini zoológico; y picoteando con una varilla al pavo real para que abriera su colorido plumaje y confirmar que era cierto que existía. Ese animal también pertenecía a otra clase, distinta de las gallinas alimentadas con maíz y hojas de lechugas sobrantes de la feria que, al cumplir su mayoría de edad, serían peladas en una olla con agua hirviendo para adornar la cazuela dominguera.

Fue la rebeldía, un día de furia de los niños, niñas y adolescentes de la San Gregorio junto a la complicidad de su monitor reemplazante, que reafirmó que los privilegios de unos pocos marcan la diferencia en un país desigual, clasista y discriminador. Que el buen corazón de las apoderadas y alumnas del colegio, al oriente de la capital, no sería suficiente para apagar sus conciencias y que, en una de esas, las puertas del cielo se abrirían para ellos.

Los niños volvieron al plomizo de sus calles, entre sus manos una bolsa de golosinas, las migajas, una vez más con las sobras de

vuelta a la pobla', donde a la hora del crepúsculo se esconde el sol
junto a su miseria.



De pavo / Tren al sur

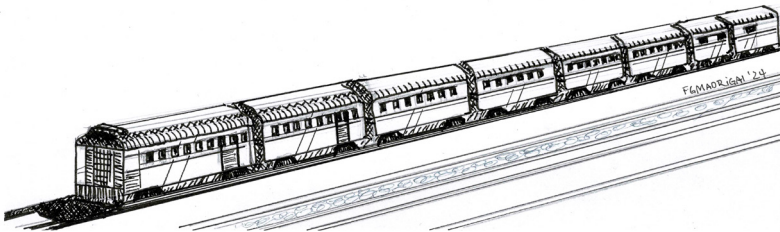
Febrero del 1984, Estación Central, expreso a Puerto Montt, hora de salida 21:00, destino incierto.

Incierto era nuestro destino, junto a mis fieles amigos caminando por el andén, cargando unas improvisadas mochilas y un saco de dormir floreado, comprado en la ropa americana al final de la calle Bandera. Ahí estábamos, esperando que asomara el añoso tren con sus quince vagones que nos llevaría a cumplir el adolescente deseo de llegar a conocer el sur de Chile. Nuestro ansiado viaje era incierto porque no teníamos pasaje y tendríamos que recurrir a nuestro ingenio y creatividad para cumplir el objetivo y saldar todos los obstáculos de nuestra arriesgada aventura.

Primer obstáculo, subir al tren y eludir cajas, bolsos, colchones, canastos, niños, ancianos, sillas de ruedas, garrafas, para llegar a un rinconcito y poder sacarnos nuestras mochilas, que luego nos servirían de improvisados asientos en aquel largo viaje. El segundo obstáculo sería a la altura de Curicó, cuando el señor de negro diera la siguiente indicación: “todos los boletos se revisan, todos los boletos se revisan”, haciendo sonar su cortaboleto con su inconfundible sonido *clic*, perforando una de las puntas del diminuto y duro boleto de cartón piedra. La aparición de aquel detestable personaje a las tres de la madrugada nos permitiría poner en curso la segunda estrategia, y poder eludir este estricto control del señor de negro, con su pulcra camisa blanca y sus siempre bien puestas corbata y gorra negra. Pasar Curicó era nuestro objetivo, entonces, bajaríamos del vagón del medio para volver a subir en el primero o último, y de este modo aseguraríamos el trayecto hasta el amanecer en la ciudad de Temuco, 800 kilómetros ya recorridos eludiendo el destino, pues cada segundo que pasáramos en el tren aumentaría nuestra adrenalina hasta su punto máximo. El destino final siempre

fue llegar en el expreso a Puerto Montt, o sea, a mil kilómetros de Santiago, viajar 27 horas entre bultos, mochilas, canastos y cuerpos tendidos en los estrechos pasillos para conciliar un sueño, como se dice, con un ojo cerrado y el otro abierto.

Pocos del grupo fueron capaces de cumplir el objetivo final, pues en el largo trayecto eran identificados por los hombres de negro los cuales, siempre con una sonrisa amable, los invitaban a descender del tren en la próxima estación. Los que seguíamos sobre la pata de hierro los despedíamos desde la pisadera expresando nuestra solidaridad, encogiendo los hombros y con un brazo en alto decirles que no se rindieran, que los esperaríamos en Puerto Montt como lo habíamos acordado hacía meses mirando el mapa extendido en el living de mi casa, junto al Toño Tudela, como preparando el golpe del siglo, solo con la recompensa de conocer el sur de nuestra larga y angosta franja de tierra, sin dinero, con nuestras mochilas y sacos de dormir reciclados, solo inspirados por nuestra natural rebeldía adolescente ochentera en medio de la incertidumbre del futuro.



El Tata Renato, un visionario

Ya llegando a destino, nos esperaba el famoso “Tata Renato”, el salvador de los mochileros pobres, marginales, con solo un par de monedas, las que a esa altura ya tampoco nos quedaban, ya que las habíamos gastado durante el largo viaje, en la eterna parada de tren en Temuco, para abastecernos a lo menos de una garrafa de vino de cinco litros, un kilo de pan, más unas *torrejas*²⁰ del chanco más barato de la zona.

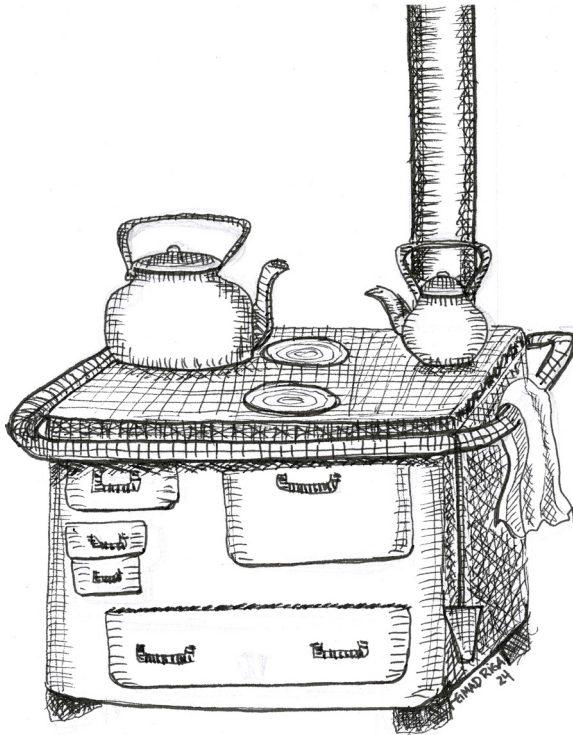
El Tata Renato ya se había hecho conocido en el ambiente porque en su camioneta Chevrolet C-10 del año 1950 subía a todos los que no teníamos mucho dinero, sin parientes en la ciudad, sin destino conocido y sin saber dónde pasaríamos las noches lluviosas del sur. El trayecto no era muy largo, máximo diez minutos. Ahí estaba la casona de dos pisos construida seguramente a principios de siglo, con sus humeantes tejuelas de alerce dándonos la bienvenida. En esta imponente construcción cabían todos los que querían caber. Para ser parte de esta jauría humana de mochileros pobres y marginales, el dormir tenía sus categorías y su precio, tirar el saco de dormir en uno de los salones era lo más económico; tirar el mismo saco en el mismo salón, pero encima de una percutida colchoneta, tenía otro precio. Los más pudientes podían acceder a dormir en una pieza compartida con menos gente, en unos improvisados camarotes de palo. Eso sí, éramos todos iguales a la hora de hacer la cola para la ducha con agua fría y compartir la cocina a leña donde siempre estaba la tetera con agua hervida a la hora del desayuno o la once. La buena onda del Tata Renato le permitía llenar sus arcas con

20 Torreja, en Chile, se ocupa para llamar a una rebanada o rodaja de cualquier alimento

no menos de setenta mochileros por día, y cien si la cosa se ponía peluda con la lluvia siempre amenazante del sur de Chile.

Ahí conocimos a lo más graneado de los mochileros del bajo pueblo y más de algunas rubias del barrio alto, que cargaban en sus mochilas marca Doite una plancha para desarrugar sus traposas prendas de vestir, compradas también en la ropa americana del barrio Franklin.

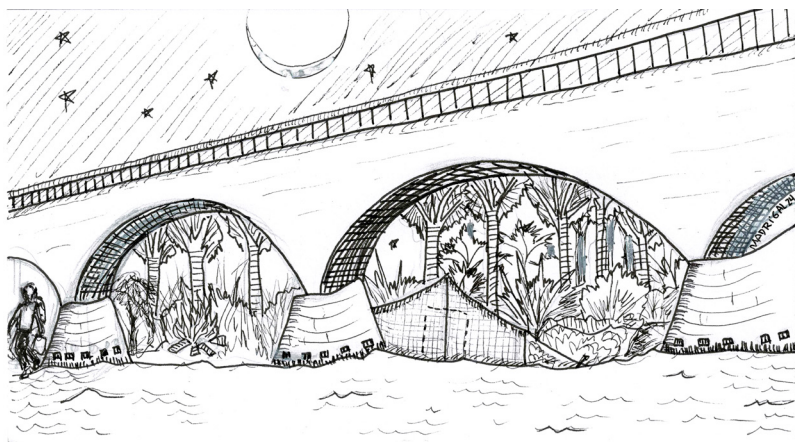
Seguramente el Tata Renato ya no está en este mundo, pero les aseguro que sus últimos años gozó de un buen pasar, por su emprendimiento, solidaridad con los mochileros más necesitados y un par de milloncitos que pudo acumular en aquellos veranos nublados y lluviosos de Puerto Montt.



El Puente de las Ánimas. Valdivia

En la década de los ochenta, los mochileros marginales, los que andábamos con las puras ganas de conocer y aventurar, compartíamos los datos, los puntos de encuentro, dónde poner la “carpa”, entre otras cosas.

Esto ocurrió a orillas del Calle-Calle, río que cruzaba toda la ciudad de Valdivia incluido su mercado fluvial, en el muelle, aquel mercado que acogía a los turistas más pudientes para la época. Acá se pueden divisar los puentes a lo largo de casi toda su extensión. Es más, aún se pueden apreciar algunos vestigios del terremoto de 1960, con una magnitud de 9,5 grados, hasta ahora el más grande del que se tiene registro en toda la historia de la humanidad, con olas que alcanzaron los veinticinco metros de altura. Lo anterior solo como cultura general.



Bueno, retomando, el “Puente de las ánimas” era el último casi a la salida del casco histórico y comercial de la ciudad. Ya se podía apreciar otro paisaje de pobreza y marginalidad, la de una ciudad con su patio trasero. Debajo del puente nos congregamos un número significativo de personajes. Recuerdo uno en particular, “el milico”, sacado de una película de Rambo, con una polera blanca siempre ajustada al cuerpo, el pelo muy corto y un desplante como el mejor animador de cualquier matinal chanta de este país. Un discurso lleno de amabilidad y cortesía, principalmente hacia las damas del grupo. Todos los espacios relacionados con el compartir los fideos con el jurel tipo salmón “San José”, o el aporte para apagar la sed, incluso compartir algún estupefaciente, eran coordinados por nuestro querido amigo y desconocido “milico”. Este simpático personaje aparecía, pues nunca lo vimos con alguna mochila, bolso, carpa o algo que indicara fehacientemente que era uno de los nuestros.

Fue luego de una de esas noches de juerga, guitarreo, fogata, en la que dé a uno fuimos cayendo en los brazos de Morfeo, producto de alguno somnífero mezclado con alcohol, brebaje administrado y preparado por el “milico”. Al día siguiente, la cruda realidad nos despertó con un fuerte dolor de cabeza, pero además, algunos sin mochila y sin sus mejores pintas: léase zapatillas, poleras, parkas, artículos de aseo personal. Si están pensando lo que imagino, sí, así fue: el “milico” mostró la hilacha²¹, como diría mi abuelita. Hizo un trabajo de joyería: fueron días en que el maestro preparó las condiciones objetivas y subjetivas para dar el zarpazo final. Del “milico” nunca más supimos y las víctimas directas nos quedamos, entre la rabia y la culpa, imaginándolo caminando por las carreteras haciendo el cuento del tío, luciendo las mejores zapatillas, pantalones, poleras, parkas y la mejor mochila de aquellos alcohólicos cuya noche anterior pasó a ser una noche para el olvido.

21 Esta frase se utiliza en el lenguaje popular para denotar falsedad o el hecho de que una persona deja ver sus verdaderas intenciones.

Entre Caleta Gonzalo y Chaitén. Un milagro

Fue en compañía de mi amigo Lolo Calbuqueo, rumbo a Hornopirén, saliendo a eso del mediodía desde la terminal de buses de Puerto Montt, en una micro rural que después de un rato se internó por un largo camino de ripio endurecido por la tímida lluvia que empezaba a caer, mojando las gigantescas nalcas que se asomaban tímidas, entre el hermoso bosque nativo de la incipiente carretera austral. Para cumplir con nuestro itinerario mochilero, teníamos que embarcarnos en un transbordador que, aparte de llevar autos, camiones, casas rodantes y lugareños, también llevaba un montón de jóvenes aventureros que solo tenían como equipaje una mochila de género desteñida, más un saco de dormir que no era precisamente de plumas de ganso sietemesino, especiales para el clima de la zona.

Ya instalados en cubierta, luego de pagar el pasaje, previa negociación y coima con el marino a cargo, pudimos disfrutar de un paisaje paradisíaco, con cascadas de aguas cristalinas que brotaban de entre los majestuosos cerros verdosos y la selva impenetrable de coihues, alerces, arrayanes y lumas milenarias. Hasta ahí todo bien y mágico. De sopetón, la realidad: el transbordador llegaba a Caleta Gonzalo, tres veces por semana, por tanto, si no te llevaba ningún solidario conductor que venía junto con los marginales mochileros, tenías que hacerte a la idea de caminar los 65 kilómetros que nos separaban de la ciudad más cercana, Chaitén. Con nuestra energía veinteañera, y como nadie nos llevó, decidimos con mi amigo Lolo tomar la delantera y dejar atrás a los quince mochileros restantes que debieron tomar la misma decisión que la nuestra: caminar. Ya con pocas fuerzas, compartiendo el último cigarrillo, partimos con las mochilas mojadas, lo mismo que los sacos de dormir en los que no podríamos dormir, y una carpa desteñida sin cubretecho y con

su piso con hoyos, en el infernal camino a Chaitén, atravesando la selva impenetrable, con la lluvia que nos siguió sin parar por los 23 kilómetros caminados ya pasadito el medio día.

A lo lejos, un jeep Suzuki Samurai del año, con capacidad para cuatro personas, detenido en el ripioso y resbaladizo camino. Al pasar por el lado del conductor, una amable señora nos baja el vidrio. Le consultamos por cuánto nos quedaba para llegar a nuestro destino... y nos confirmó lo que ya nosotros sabíamos.

— Les quedan como 40 kilómetros, niños... —y agregó la frase fatal y demoledora para nuestras expectativas— No creo que lleguen hoy...

El nivel de angustia seguía subiendo, mientras pensábamos con mi amigo, sin mediar palabra alguna, que ese sería nuestro fin: que la hipotermia, sumada a una bronconeumonía fulminante, acabaría con nosotros. ¿Creen en los milagros? Yo, después de lo que vino, sí. La misma señora, el mismo jeep, con un ocupante más a su lado, nos dio alcance...

— Niños, puedo llevar a uno no más...

— Pero somos dos —le respondí.

— Sí. Sé contar —nos respondió con un tono burlesco.

¿Creen en la amistad? Sí, jamás aceptaríamos tal propuesta, o los dos o ninguno. Dispuestos a morir con las botas puestas, como se dice por acá. La alternativa propuesta por nosotros era que de alguna manera haríamos caber nuestros mojados cuerpos afiebrados, más las mochilas y la carpa también mojada, en el minúsculo espacio que a todas luces sería imposible ocupar. ¿Creen en las teorías físicas del volumen y espacio? Creo que, en esa oportunidad, la adrenalina, el cansancio, la angustia, los dioses, nuestro angelito de la guarda, la alineación de los planetas, más el encuentro con buenas personas, hicieron la excepción a la regla: cupimos apretaditos. Des-

pués de dos horas de viaje, nos desenrollamos al bajar del diminuto vehículo verde institucional de carabineros de Chile.

Lo mágico de mochilear... es que en un minuto todo parece desfavorable, oscuro, negativo, y al otro minuto, la realidad te aparece proporcionalmente inversa...



Los brujos de la Isla Meulín: mito o realidad

Apiao, Cahuach, Alao, Lin-Lin, son algunos nombres de las muchas islas que rodean a la isla grande de Chiloé, con su capital Castro. Bueno, también acompañado de mi amigo Lolo, nos embarcamos en el muelle de Dalcahue con dirección a una isla del archipiélago de nombre Meulín. Lo decidimos pensando en el tiempo de navegación y la insistencia de algunos meulininos que ya se encontraban a bordo de la goleta y que nos convencieron de que había sido la mejor opción.

Ya a tres horas de navegación, subí a la cubierta donde me encontré con un señor de edad, con hálito alcohólico.

— A mi hijo lo mató un brujo —me dijo con una voz traposa y ojos de pena—. Él estaba con su amigo, trasladando de un bote a otro los sacos de papas para vender en la feria de Dalcahue, y le pegó con una varilla a un lobo marino —continuó su relato—. A mi hijo lo encontraron muerto en las orillas de la playa en Ancud. Según ellos, se ahogó.

— A mi hijo lo mató un brujo... —insistió con una voz golpeada y segura.

Ya desencargando de la goleta, sorteando cajas de víveres e insumos de las pocas familias habitantes de la isla, el padre del hijo difunto me tomó del brazo y me dijo:

— Amigo, yo vivo detrás de la iglesia y puede ir a verme con su amigo cuando quieran...

— Gracias por la invitación —le señalé con algún grado de desconfianza e incomodidad.

Al segundo día de haber desembarcado en la isla, nos animamos con el Lolo y caminando con paso firme, llegamos a la cita acordada el día anterior. A lo lejos divisamos la casa con su techo de tejuelas de alerce, la chimenea humeante, los ladridos de los perros anunciaban nuestra llegada.

Fue alrededor de la cocina a leña encendida que el anfitrión nos ofreció un matecito y le dio el pase a su mujer, quien continuó el relato.

— Sí niños... a mi hijo lo mató un brujo. De su muerte me enteré por un cuervo negro que picoteó mi ventana por un largo rato, antes de que los carabineros me avisaran que su cuerpo estaba en la morgue de Castro.

— Saben que cuando llevamos a enterrar a mi hijo al cementerio de Lin-Lin, la isla de enfrente, en la playa, aparecieron muchos lobos marinos, que no son muy comunes en la zona, pero ese día acompañaron a la goleta donde trasladábamos a mi hijito. Así como haciéndole guardia de honor durante todo el trayecto.

Ya a esa altura me corría un escalofrío por todo el cuerpo con una sensación de incredulidad y un poquito de miedo...

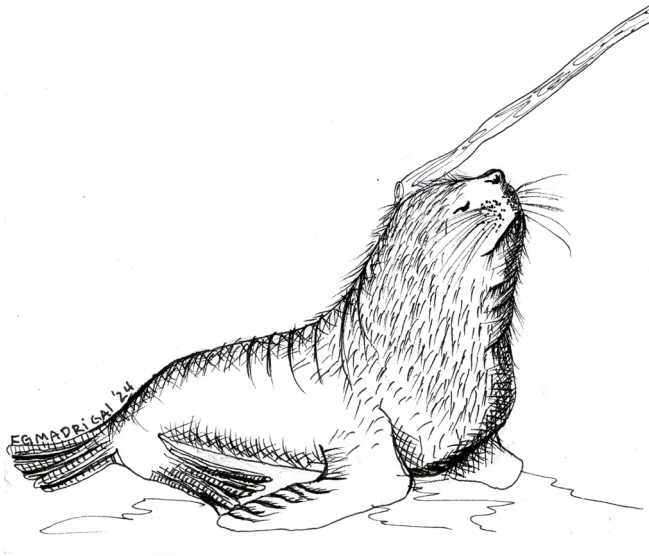
La madre quiso hacer una pausa, sospechando nuestra incomodidad. Se levantó de su banca y sacó un álbum de fotos bien conservado. Lo abrió y recorrió sus hojas mostrándonos imágenes de su hijo. En fiestas de cumpleaños, con uniforme militar, de su infancia pescando a orillas de un río cruzando el canal de Chacao en pleno invierno.

El padre del finado tomó el protagonismo, con voz fuerte y autoritaria. Insistió:

—A mi hijo lo mató un brujo...

Una noche de San Juan, con el reflejo de la luna llena posada en la caleta de Quellón, se acercó a su mesa un hombre flaco y muy pálido, el cual le susurró al oído: “¿Vio, gancho, lo que le pasó a su amigo por pegarme con la varilla en la cabeza?”.

La visita terminó entre mates, abrazos, lágrimas y miedo....



Una despedida pendiente con un triste final

A Reginaldo Orellana, “Nardo” para los amigos, lo conocí a principios de los 80. Se sumó a un grupo juvenil, “Nueva generación”, que funcionaba al alero de la entonces comprometida iglesia católica, con curas de la Compañía de Jesús, casi todos de la élite y burguesía peruana. Todos ellos influenciados por la doctrina de la Teología de la liberación. Fueron los años más duros de la dictadura. Con Reginaldo también compartimos los días más lluviosos bajo el puente de las Ánimas en Valdivia, hasta que una noche subió el nivel de las aguas del río Calle-Calle y nuestro destino fue el alero de la estación de trenes de la ciudad. La cosa se puso fea cuando el consumo de alcohol y otras drogas se agudizó en mi amigo. Recuerdo la escena cuando decidimos, con mi otro amigo “Gato” y su entonces polola Sandy, de separarnos del grupo para llegar a Puerto Montt. Fue la última vez que compartiría con *Nardo*, una fría despedida, solo un “hasta pronto y nos vemos en Santiago”, según yo ya habría tiempo para conversar, disculpar y seguir juntos por mucho tiempo cultivando nuestra amistad compartiendo nuestros sueños. Lo anterior no ocurrió, mi amigo y su juventud quedaron sepultados en una pobre tumba en el cementerio de Ancud, solo con la presencia de uno de sus hermanos, mi amigo “Gato”, más los sepultureros en una fría mañana en Chiloé. Han pasado cuatro décadas de aquel acontecimiento, a veces el Nardo me visita, en esas noches de un mal dormir e insomnio. Me reclama el abrazo pendiente y conciliador, un apagar las velas del pequeño pastel con sus 18 velas y compartir esos tres deseos que se llevó con él y que nunca sabré y solo puedo imaginar.

Él popularizó entre nosotros un tema de Moris: “De nada sirve (escaparse de uno mismo)”. Dura como ocho minutos. Una de sus últimas estrofas dice:

“Me voy a morir dentro de mí.

Antes de morir yo quiero salir,

ver las estrellas, el mar, me quiero ahogar.

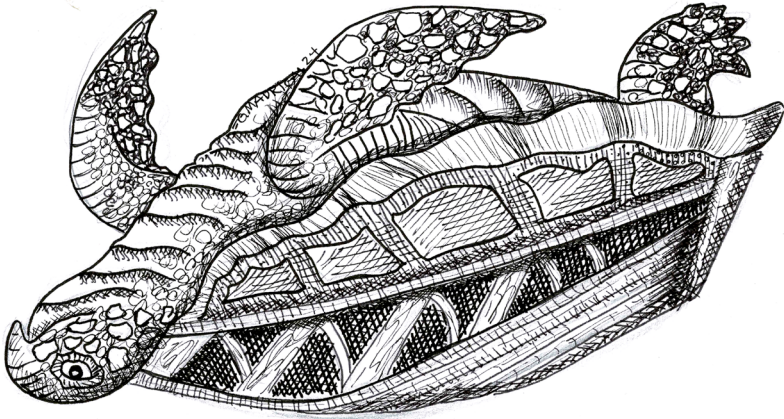
Y quiero salir de mí por favor. Quiero vivir, me quiero ir.

Por favor, de mí.

¿Qué puedo hacer?

No hay nada que hacer.”

Fue en los botes dados vuelta por los pescadores, para que no se los llevara la marea, que mi amigo sintió el llamado de las tortugas imaginarias a quienes siguió para perderse en la oscuridad de la noche hasta llegar al horizonte infinito y, de testigo, las pocas estrellas que iluminaban aquella fría noche del sur en la isla.



Siempre listos. Los scouts traidores

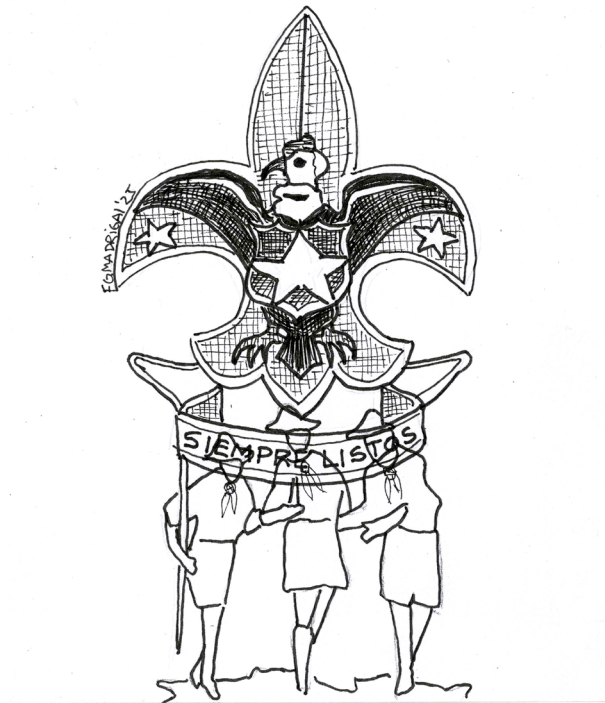
Siempre se nos dijo que los scouts debían hacer a lo menos una buena acción por día. Uno de mis traumas de infancia se vincula con los niños scout de la parroquia de mi barrio, siempre me llamaron la atención.

Cuando me acerqué a preguntar cuáles eran las condiciones para sumarme a sus buenas acciones, paseos y campamentos de verano, me informaron que debía contar con el uniforme, o sea: pañoleta, camisa de color plomo con un exagerado número de bolsillos y un pantalón corto del mismo color, pero con más bolsillos. En síntesis, no pude sumarme a esta noble institución. “Imposible”, dijo mi madre cuando se lo comenté. El niño pedía cosas inalcanzables, sin pensar en el presupuesto familiar; ese gasto sería un lujo desproporcionado para uno de ocho hijos.

Años más tarde, en los mochileros veraniegos, puse a prueba la real vocación y principios de aquella secta juvenil, clasista y elitista. En plena carretera, con una lluvia sureña de aquellas, con ninguna posibilidad que nos llevaran a los tres (dos scouts y yo) y con la ingenua idea de que éramos un equipo. Yo les había enseñado a pedir comida en las casas de aquel pueblito, y así compartimos el pan recolectado por la tarde y las sopitas de espárragos para calentar nuestros fríos cuerpos a la orilla de la cocina a leña, en la casona que nos sirvió de albergue por un par de días. Los scouts con cara de niños buenos y yo, en plena carretera, hicimos detener el bus que nos llevaría a los tres, supuestamente, a la ciudad más próxima. Pero cuando el auxiliar del bus de la esperanza preguntó cuántos éramos, haciendo la relación con el poco dinero recolectado entre los tres, el líder de la secta dijo “somos dos”. Ahí vi alejarse el bus con los dos traidores, mientras yo, mojado hasta lo más íntimo de

mi ser, tenía la secreta esperanza que le contaran a Baden Powell — fundador del movimiento scout— mi experiencia junto a ese par de discípulos inconsecuentes.

Esto se los cuento con mucho respeto, pues tengo un sobrino que pronto cumplirá cincuenta y más años, es muy inteligente e hizo carrera desde pequeño en la institución. Pero ¿saben qué? se ve un poco ridículo con la camisa ploma con muchos bolsillos, un pantalón corto y un pañuelo verde con amarillo enredado en su cuello. A pesar de ello, les aseguro que hace una buena acción cada día, siendo un buen ejemplo y referente para sus hijas y nietas. En síntesis, un adulto mayor que viste ridículo, pero una buena persona que es lo más importante. Una lástima para los que me traicionaron no haber sido discípulos de mi querido sobrino.



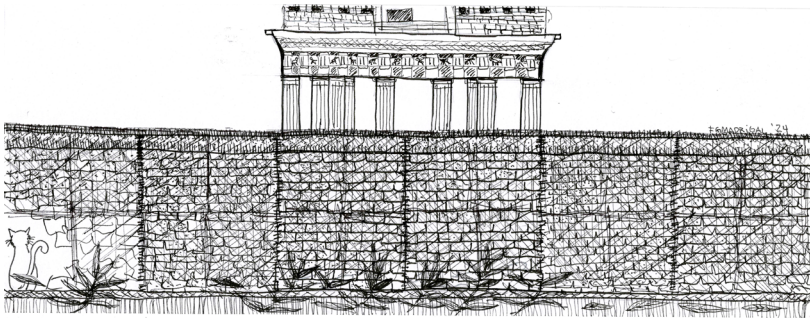
Cultura de la sobrevivencia

En alguna cátedra de sociología la profe habló de la cultura de la sobrevivencia, de cómo los seres humanos recurren a sus recursos más profundos para vivir o sobrevivir, en las circunstancias más adversas de la vida humana. El 13 de octubre de 1972, el vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguay se estrelló en la cordillera de los Andes con 45 almas a bordo, claro ejemplo de sobrevivencia. Fue durante 72 días en un entorno tan duro y adverso que recurrieron a comer la carne de los pasajeros muertos. Bueno, no sé si amerita esta introducción para contar lo que sigue, ya que es en el mismo contexto de la cultura de la sobrevivencia, pero a una escala mucho menor, aunque no menos profunda y significativa en su marginalidad y necesidad de sobrevivir. Una vez más aparece en escena mi querido amigo “Gato”. Lo de gato era solo por sus ojos vedes, lo demás, pura cara de boxeador peso pluma.

Mi amigo recolectaba hojas de eucaliptos, pasto seco, y otras especies vegetales a la orilla del cerro, las envasaba en bolsas de plásticos, para venderlas como hierbas que aliviarían dolores de espalda, bajarían los niveles de azúcar en la sangre y además tendrían un efectivo afrodisíaco para los machos que debían responder a sus hembras exigentes en sus noches de lujuria. También vendió joyas en el norte de Chile, oro peruano, que lucían hermosos en los cuellos de su distinguida clientela, y que, después de un corto tiempo, se pondrían negras y opacas, pero ya el “Gato” no estaría para responder de la garantía ofrecida a sus compradores. El “Gato” vendió champú y bálsamo en envases originales, pero su contenido era una mezcla de jabón y desodorante ambiental, que lo menos que hacían era dejar tu cabellera limpia y sedosa para la fiesta del fin de semana. También se subió a las micros para compartir la pena con los pasa-

jeros, para contarles que esta vez no los haría sonreír en su calidad de payaso, solo el aporte de la moneda solidaria sería para costear el funeral del colega que había sido atropellado y muerto el día anterior por un conductor borracho al volante. Esta acción la debía hacer solo una vez al mes, para no levantar sospecha entre los pasajeros y que no pensarán que la cantidad de muertes de payasos sería demasiada en la semana. Mi gran amigo Juan Carlos, el “Gato”, fue el primero en vender restos de piedras y escombros con grafitis de la caída del muro de Berlín, en pleno paseo Ahumada, con el detalle que la caída del muro se había producido doce horas antes a que él las comercializara en el centro de Santiago. Ganó mucho dinero en dicho negocio emprendedor, haciendo conciencia al ser parte de este hecho histórico sin precedentes. Cuando lo encaré sobre este evidente engaño, me dijo:

—Chinito, yo las ofrezco y las personas me las compran... ¿Y por qué no pensar que las personas necesitan comprar ilusiones? Yo solo me rijo por la lógica del mercado y el neoliberalismo, todo lo regula el mercado, la oferta y la demanda, y yo, en mi humilde rol de emprendedor, también vendo el deseo de las personas, que creen que las cosas pueden ser de otra manera.



¿Géminis o cáncer?

La fruncida funcionaria del viejo edificio del registro civil tomó un añoso libro del que sacaría el dato que necesitaba con urgencia y me preguntó:

—¿Cuándo nació usted? ¿El seis de junio de 1964? Ya...

Después de un largo rato y de repasar las amarillentas hojas de un gran almanaque, protegiendo su dedo índice ajustado con una goma de color rojo, agregó:

—¿Está seguro de la fecha?

—Sí, porque es la fecha en la que mis hermanos se acuerdan, me saludan y mi madre prepara algo rico para celebrar el nacimiento de su “chinito”.

—¿Pero está seguro?

Ya un poco molesto con la funcionaria, seguí argumentando sin tregua la fecha de mi nacimiento:

—Pero si yo nací aquí al frente, en el hospital Barros Luco.

—¿Pero está seguro?

—Sí, sí, mmm...

—Mire jovencito, no me mire así... compruébelo usted mismo, ¿ve que no aparece en la fecha que me dice usted que nació?

Entre el malestar, el pánico y la duda, me hace la pregunta que solo ella podría hacer, después de dos décadas de experiencia y años de servicio público.

—Oiga joven, ¿no habrá nacido el seis de julio y no de junio?

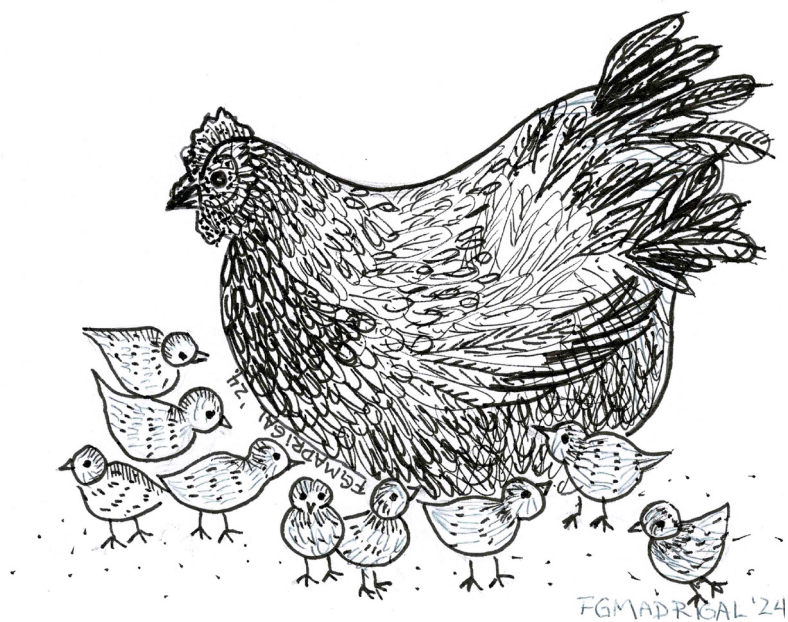
Dudé si aceptaba su observación ya que mi relación con el mundo cambiaría para siempre. Tendría que cambiar de signo del zodiaco, ya no sería más géminis, sino que pasaría a ser cáncer. La funcionaria, con una sonrisa de satisfacción previa, sacó el siguiente tomo de la tapizada muralla. Había encontrado la respuesta.

Efectivamente, yo llegué a este mundo un 6 de julio.

En relación con mi cambio de signo, géminis es el signo de los gemelos y como tal su carácter es doble, bastante complejo y contradictorio. Por un lado, es versátil, pero por el otro, puede ser incierto. Al contrario, un canceriano es emocional, cariñoso, protector y simpático. Un cáncer tiene mucha imaginación e intuición. Sabe ser cauteloso cuando hace falta. Disfruta de la casa, el campo, los niños. Le gusta compartir con sus amigos y las fiestas.

Recuerdo haber compartido mi experiencia quinceañera con mi madre. No me pescó mucho. Entendiendo a la distancia que, con nueve hijos, nueve reuniones de colegio, nueve bocas que alimentar, 17 años de dictadura, ollas comunes, crisis del 82, toques de queda, muerte y miseria, educar y amar a sus pollos... una fecha más, ¡qué importa! Me responde que el estar de cumpleaños es solo un registro, es un número, lo importante es cómo hemos vivido todos estos años.

En síntesis, nací en julio, soy cáncer, y la funcionaria del registro civil vive con una pensión de mierda.



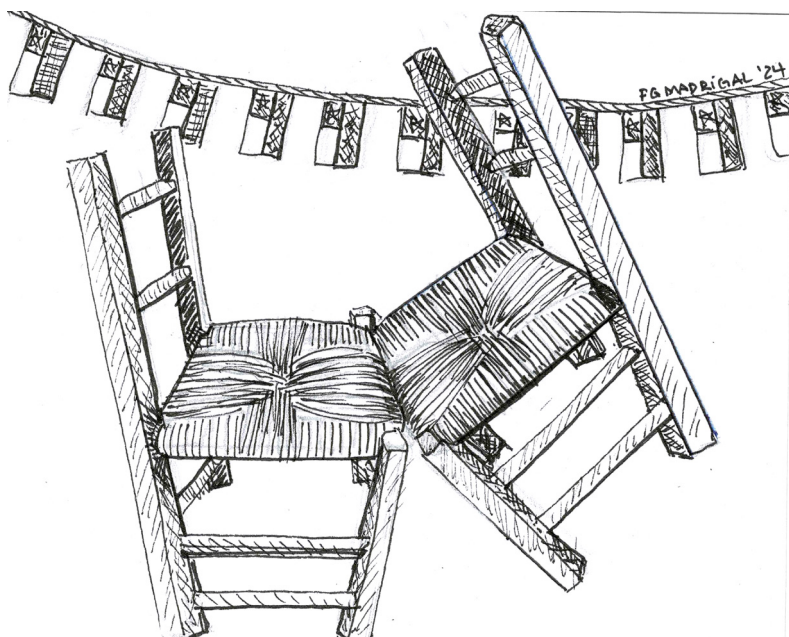
El tío Luciano nos dejó

El tío Luciano nos deja. No estará más entre los vivos, partió al encuentro con los que se fueron un poco antes. Encabezará su bienvenida eterna la tía María que, por la década de los setenta, años sombríos de muerte y miseria, fallece en un accidente a orillas de la línea férrea que nos acompañó por siempre. Fue en aquellos años de infancia que, junto a mi aclanada familia, abordábamos una micro verde en la calle Bulnes de Santiago para emprender un largo camino hacia San Bernardo. La bienvenida al pueblo comenzaba con una hermosa alameda de plátanos orientales, de a lo menos un kilómetro de hojas amarillas, en la histórica avenida Portales. Fueron veranos impagables cuando los cuatro piñiñentos (el Chinito, el William, el Llelo y el Lito), a la hora del baño, nos sumergíamos en un tambor lleno de agua, bajo la atenta mirada y supervisión del jabón y champú del tío Luciano.

Fueron tiempos donde el piso de tierra de la casa de madera nos acogía para las vacaciones de invierno, con un bracero con carbón de espino, al medio del ruedo, mientras mirábamos la teleserie *Muchacha italiana viene a casarse* y la luz de la última brasa anunciaba la hora de dormir.

Ocho más ocho son dieciséis, más el tío Luciano, la tía María y mis padres Eliana y Adolfo: instalados en dos mesas familiares, celebrando el 18 de septiembre en una fonda llamada “La pastora”, cerca de Buin, que era animada por un conocido travesti de la zona. Armandito, creo que era su nombre. Mientras sonaban por los parlantes de la ramada “Tiburón, tiburón”, “Qué linda secretaria” y “La piragua” de Luisín Landáez, los más chicos del clan éramos acomodados juntando dos sillas de paja, por si el sueño nos vencía en la prendida celebración dieciochera.

El tío Luciano ya no estará junto a nosotros, ni a sus hijos, nietos, bisnietos. Pero sepan ellos que estuvo con nosotros y con él aprendimos de la vida. Sepan que fue de quien recibí mi primer salario a los 15 años, cuando nos llevaba a trabajar junto al William y el Llelo para construir, desde los cimientos hasta las techumbres, sus majestuosas obras arquitectónicas de algún chalet en el centro de San Bernardo o cerca de la plaza Guarello. Sepan ustedes que el tío fue un pampino, un sindicalista de la histórica maestranza de San Bernardo. El tío Luciano ya no estará entre nosotros, solo quedará el hermoso recuerdo de un hombre honesto y ejemplar que pasó por esta tierra sembrando amor y sabiduría, y que pudo ver sus frutos. Hasta siempre, querido tío Luciano.



Chispitas. Un accidente

Los funcionarios del servicio de psiquiatría sabían lo que se les venía: —“Jefe, el Miguel Campos de nuevo la hizo”.

Pero esta vez sería distinto. “El matinal de Chile”²² y sus sagaces periodistas ya se encontraban en el lugar de los hechos, a los pies de una torre de alta tensión, en la marginal comuna de Lo Espejo. En la cima estaba Miguel Ángel, una vez más, demandando por sus derechos y apelando al edil de la comuna que cumpliera los compromisos que había asumido con él la última vez que había hecho esta arriesgada acción.

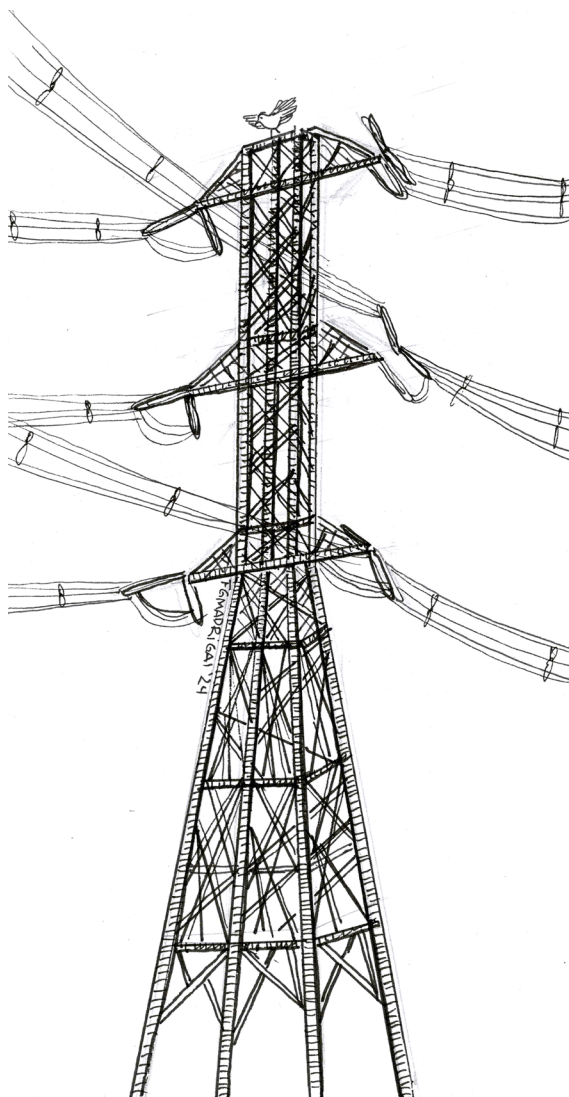
—Señor alcalde, usted me dijo que me daría trabajo, que tramitaría una pensión de invalidez, que ayudaría a mi familia. Porque usted no ha cumplido yo me voy a matar.

La gente se comenzaba a congregarse. Miguel estaba nuevamente en la torre. Mientras tanto, en el servicio de psiquiatría se hacían los preparativos para recibir una vez más a Miguel, al que cariñosamente le decían “Chispitas”. El ambiente era como para acoger a un amigo que llega de viaje, preparando la mejor pieza, el mejor menú, los mejores medicamentos, el mejor psiquiatra, enfermera, terapeutas, auxiliares, que esperarían a “Chispitas” para disfrutar con él una larga estadía en el servicio de psiquiatría del hospital.

A Miguel ese día le salió todo mal. Esta vez no sirvió de nada ponerse guantes y bototos de seguridad: no obtuvo pensión asistencial, esta vez “Chispitas” resbaló y cayó al vacío, a los pies del reelegido alcalde comunal.

22 Se refiere al programa de televisión “Buenos Días a Todos”, transmitido durante las primeras horas del día en Televisión Nacional de Chile, y que tenía en esa frase su slogan más conocido.

A Miguel ese día le salió todo mal. No pudo reencontrarse con sus amigos de su segundo hogar, quienes quedaron esperando a su paciente regalón con la mesa servida.



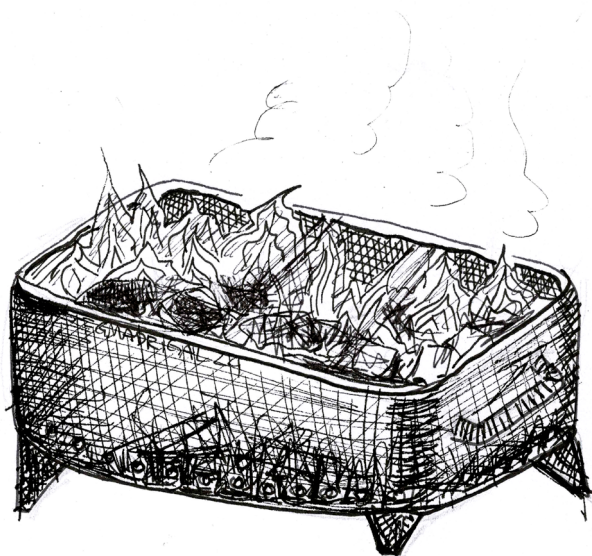
Memoria y amnesia

Mi tía Luisa Cortés y el viejo pirquinero Juan Bautista Cortés, mi otro tío, luego de la reponedora siesta calichera, se juntaban a matear. El tibio viento pampino entraba por las rendijas de la ligera pieza de material reciclado. En cada delicada acción usaban técnicas ancestrales para no quemar sus labios y verter el agua caliente en la estrecha y diminuta entrada del añoso y desteñido mate. Pasaban horas y horas recordando tiempos pasados, traían a sus memorias historias de sórdidos personajes, el relato de interminables fiestas en la oficina salitrera Pedro de Valdivia, lugar en el cual nacieron luego que mi abuela, Luzmira, la mujer más hermosa del desierto nortino, atendiera la pulpería de aquel lugar. Ahí conoció el amor de un pampino que estaba de paso.

Juan Bautista, mi tío, relataba su encuentro con el mismísimo satanás, una noche de cantina en la que luchó cuerpo a cuerpo y lo venció. Fue un ángel quien lo sacó del fondo de una quebrada de quince metros, solo con algunos rasguños. Estas historias, cual realismo mágico, las escuchaba con cierta incredulidad, mientras alimentaba el pequeño bracero con ramas de espinos, abundantes a la orilla de las pircas. La historia más sorprendente fue el relato del burro “Tiro corto”. Lo recordaban como uno más de la familia. Cuando llegó a la casa, asumió a su corta edad las tareas más duras del agreste valle en los tiempos de siembra y cosecha. Ya más viejo, fue el juguete viviente para todos los niños del fundo. En su desgastado lomo, los paseaba a la hora del crepúsculo, cuando el sol se escondía tras los coloridos cerros del norte chico. Recordaba la tía Luisa que en una oportunidad un vecino se lo quiso comprar, pero ella sabía el destino de “Tiro corto” si aceptaba la propuesta: este sería su final para convertirse en un rico charqui, apetecido por

los afuerinos de paso, en aquel caluroso verano. “Tiro corto” murió de viejo. A su despedida asistieron aquellos niños, ya hechos unos hombres, recordando con nostalgia los paseos por los polvorientos caminos del pueblo. También se hizo presente el dueño del negocio que lo quería convertir en charqui. Los tíos decidieron enterrarlo a los pies del pimiento más frondoso a la orilla del estero al que, en más de una oportunidad, “Tiro corto” también le sirvió abono.

En esas largas mateadas, con la lucidez y sabiduría que les dieron los años, de mis tíos aprendí que la memoria está ligada a nuestro pasado, y que jamás hay que permitir que la amnesia nos haga renunciar a nuestra historia.



Amistad y pandemia

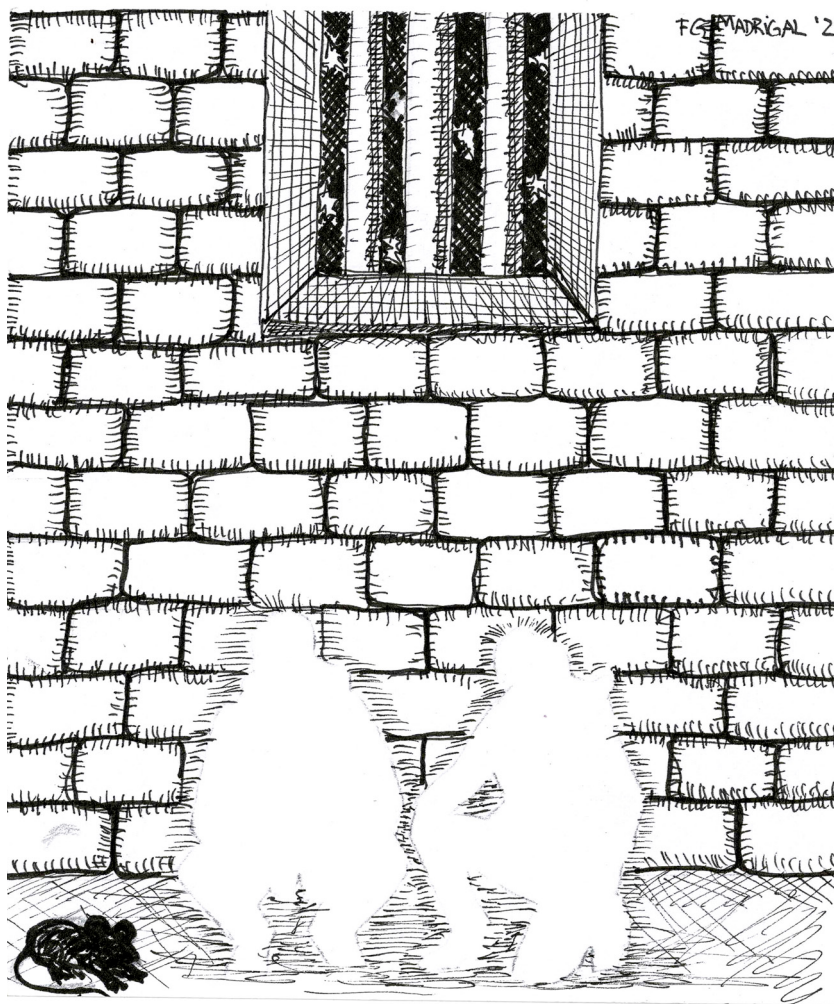
A mis amigos los he podido reconocer, a lo largo de mi vida, porque puedo recordar sus nombres completos: con sus dos nombres y apellidos. Con uno de ellos, recorrí el litoral central vendiendo coquitos pelados y manzanas confitadas, en las calientes arenas de Cartagena, desde la primera semana de enero hasta la última de febrero. Con el Pato, vendimos, durante tres años, pan con chanco y margarina, en los recreos de la polvorienta Escuela Industrial, A-21. Parte de las ganancias sirvieron para financiar el paseo de fin de año de los desnutridos e inquietos adolescentes del glorioso 4 año C. Con el “pelao” Cristian, los mejores carretes, en las casas que arrendamos, cuando decidí, después de un par de intentos fallidos, abandonar definitivamente el techo y el lecho materno. A esas acogedoras casas les pusimos nombres: como no recordar a “Arcadia tu casa” en la cual, más de alguna vez, fui visitado por espíritus en pena y una anciana contestaba el teléfono en nuestra ausencia. Alquilamos otra en la calle Gay, en pleno barrio universitario, “Gay un espacio diferente”, donde sumamos a la comunidad a un tímido estudiante argentino —Pablito en Niño—, del cual aprendimos de la humildad que les caracteriza. La última casa que nos albergó estaba en un pasaje en la calle Club Hípico y la bautizamos con el nombre “Club Hípico # 357 tu punto G”. La letra es porque con ella estaba asignada la casa al final del estrecho pasaje. Finalmente, con uno de mis amigos de la vida compartimos un frío calabozo, una noche después de ser detenidos por los pacos, entre palos y gritos, al ser sorprendidos rayando una muralla con consignas en contra del dictador, en los vertiginosos años ochenta.

Patricia, Koke, Manuel, (“El último de los proletarios”) Pedro, Tamara, también son parte de estas historias de amistad y lealtad.

Sería un desaire no incluir a María Hilda Lagunas Galleguillos quien demuestra, hasta hoy, su generosidad infinita. Los alrededores de la plaza Brasil supieron de nuestra presencia. El 777 y su interminable escalera, Bar Serena, la Tía Gloria, el Palacio de las Moscas, La Quinta, La Chimenea. En estos lugares, junto a ellos, aprendí a darle un valor inmenso a la amistad y ponerla a prueba a todo evento.

¿Qué pensarían Batman y Robin o Pinky y Cerebro de la amistad? Son también ellos claros ejemplos del valor de ésta. Batman soportó las torpezas de Robin y con ello cultivo la tolerancia. Pinky y Cerebro separados no podrían plantearse como objetivo cada día dominar el mundo. Para los cinéfilos. ¿qué ejemplo de amistad nos dieron Thelma y Louise, que son capaces de lanzarse a un precipicio para encontrar la muerte al final del camino, convencidas que estaban juntas haciendo lo correcto! Para que no se me caiga el carnet, algo más contemporáneo: Toy Story, el muñeco vaquero y su comunidad de amistad, lealtad, solidaridad e ingenio, juntos a la Señora y el Señor cara de Papa, Buzz lightyear y Jessie. Podría seguir dando ejemplos hasta el infinito y más allá. Pero, después de todo esto, ¿quiénes no serían tus amigos? No son tus amigos aquellos en los que confiaste y revelaron un secreto, los que no te acompañaron hasta el final cuando las cosas se pusieron color de hormigas, cuando necesitaste tres testigos para que declararan a tu favor en el juicio y no llegaron, los que te dejaron con la mesa servida y la sopa caliente y tampoco llegaron, los que ni del funeral de tus padres se enteraron. La historia de la humanidad, y la nuestra, también está llena de ejemplos de amistad, traición y lealtad: *Al amanecer cuando el gallo cantó, Pedro negó a su maestro tres veces, y Judas lo vendió por un puñado de monedas*. Después de siglos, muchos no han aprendido nada

Un saludo para mis amigos de la vida... en tiempos de pandemia.



La muerte: una construcción lingüística y popular

—¿Se murió el vecino?

— Si, se lo llevó la pelá, anoche paró la chala.

Lo llevaron de urgencia al hospital, tenía principio de autopsia, lo abrieron y lo cerraron al tiro. Me contó la vecina que no tenía vuelta.

Él siempre dijo que de su casa saldría con las patas pa' delante y vistiendo su terno de palo. Ya estaba enfermito, olía a gladiolos, tenía fecha de vencimiento, estaba pedido, se fue pal' patio de los callaos', el señor se lo llevó y lo tiene en su santo reino. Bueno, se fue primero no más.

¿Saben qué? Dicen que los finaos' después de muertos son todos buenos. Pero para qué estamos con cosas, el vecino murió en su propia ley, con las botas puestas. En todo caso, lo comio' y lo bailao'... En fin, el vecino siempre se creyó la muerte.





Libro editado y publicado por Ediciones Estrella Sur en conjunto con Memorias de Chuchunco. Se terminó de imprimir y encuadernar en diciembre de 2025, en los talleres gráficos de Fefer Gráfica SPA, en Santiago de Chile.

Para su composición se emplearon las tipografías Decalotype para los títulos y Adobe Garamond Pro, en sus variantes regular e itálic para el texto.

La impresión de los interiores se realizó en papel ahuesado de 80 gramos y las tapas en papel couché opaco de 300 gramos.

Esta primera edición constó de 150 ejemplares impresos. Además, puede ser descargado en el sitio web estrellasur.cl y en memoriasdechuchunco.cl

¡A socializar los saberes!

Desde los patios y pasajes de la población Santiago, en el corazón del Chuchunco histórico —hoy, comuna de Estación Central—, Fernando “Chino” Cortés narra una memoria que rara vez ocupa el centro: la de niños, niñas y jóvenes pobladores que crecieron bajo la dictadura. Sus relatos, nacidos en la oralidad y ahora hechos libro, miran de frente el horror sin renunciar al humor, la ternura y la creatividad popular: la vida en las poblaciones Santiago y Los Nogales, la organización, las redes y las múltiples formas de resistencia.

Acompañado por las ilustraciones de Fabiola Guzmán Madrigal, este libro teje un hermoso diálogo entre palabra e imagen que expande la experiencia de leer. No es una historia edulcorada: desafía el mito de la transición como simple papeleta y recupera cuerpos, afectos y prácticas que hicieron posible la libertad popular.

Una crónica íntima y colectiva de la juventud popular urbana; un acto de memoria que se escribe desde abajo y desde dentro.

ISBN: 978-956-09743-8-9



9 789560 974389

MEMORIA DE
CHUCHUNCO

EDICIONES
ESTRELLASUR